

LA MAQUINA DEL TIEMPO

Retrocede 75 años y encuentra a:

EL BARÓN ROJO

Richard Mueller



TIMUN MAS

*Este libro
es tu pasaporte
para viajar por
el tiempo*



*¿Podrás sobrevivir
en la Primera Guerra Mundial?
Pasa la página
para averiguarlo.*

LA MAQUINA DEL TIEMPO 23

El Barón Rojo

Richard Mueller



Ilustraciones: George Pratt

TIMUN MAS

¡ATENCIÓN, VIAJERO A TRAVÉS DEL TIEMPO!

¡Eres una persona de suerte! Si, en este momento tienes en tus manos una... ¡máquina del tiempo! En efecto, este libro es tu máquina del tiempo. No lo leas todo seguido, del principio al fin. Dentro de un momento recibirás instrucciones para cumplir una misión, una empresa especial que te llevará a otro período de tiempo. A medida que te enfrentes a los peligros de la historia, la máquina del tiempo te irá presentando opciones de adónde ir o de qué hacer.

El presente volumen contiene también un banco de datos para informarte sobre la época en la que vas a vivir. Puedes utilizarlo para desplazarte con mayor seguridad a través del tiempo. O bien tomar tus decisiones sin consultarlos. Tú eres el único responsable.

IMPORTANTE

Al final de este libro hay una lista de datos. Contiene sugerencias para ayudarte si no estás seguro de qué camino has de emprender. Este símbolo aparece al lado de todas las elecciones para las cuales existe una sugerencia en la lista de datos.



Con objeto de terminar tu misión lo más deprisa posible y con éxito, puedes emplear a la vez el banco de datos y la lista de datos.

Hay una conclusión correcta para esta misión. Debes llegar a ella o... ¡arriesgarte a quedar perdido en el tiempo!... Y recuerda que tienes a tu disposición el banco de datos y la lista de datos.

LAS CUATRO REGLAS PARA VIAJAR A TRAVÉS DEL TIEMPO

Cuando empieces tu misión, debes observar las reglas siguientes. Los viajeros por el tiempo que no las cumplen, se arriesgan a quedar perdidos en él para siempre...

1. No mates a ninguna persona ni animal.
2. No intentes cambiar la historia. No dejes nada del futuro en el pasado.
3. No lleves a nadie contigo cuando franquees la barrera del tiempo. Evita desaparecer de un modo que asuste a la gente o la haga sospechar.
4. Sigue las instrucciones que te dé la máquina del tiempo y elige entre las opciones que te ofrezca.

TU MISIÓN

Tu misión consiste en retroceder hasta el año del fin de la Primera Guerra Mundial, encontrar al hombre conocido como «el Barón Rojo» y descubrir quién abatió su aeroplano. Para demostrar que has tenido éxito, deberás volver con una fotografía del Barón Rojo tomada el día de su último vuelo.

En abril de 1918, después de más de tres años de duración, parecía que la Primera Guerra Mundial nunca tendría fin. Por primera vez en la historia, se utilizaban los aeroplanos como instrumentos de guerra, y los aparatos de combate del Real Cuerpo Aéreo Británico y del Servicio de las Fuerzas Aéreas Alemanas, de vívidos colores, contendían en pleno día sobre los campos de batalla de Francia.

Rittmeister Manfred von Richthofen, conocido como el Barón Rojo de Alemania, era el rival temido por todos los pilotos británicos.

La identidad del hombre que fue responsable de poner fin al Barón Rojo está rodeada de muchas controversias. Para resolver este misterio deberás enfrentarte a los conflictos y peligros constantes de un mundo en guerra. Tendrás que hacer uso de todo tu ingenio para poder estar cara a cara con el Barón Rojo en el día de su vuelo final.



Para activar la máquina del tiempo,
pasa la página



VIAJE A TRAVÉS DEL
TIEMPO ACTIVADO.
Listo para el equipo.

EQUIPO

Para tener acceso a los frentes de guerra, tendrás que vestir las ropas de un civil europeo. Éstas incluirán una gorra y un par de botas, que te protegerán contra el barro, siempre presente.

Además, puedes elegir para llevar contigo uno de los elementos siguientes:

1. Una pequeña navaja de bolsillo.
2. Una caja, a prueba de agua, con diez cerillas.



Para empezar tu misión,
pasa a la página 1.



Para saber más cosas acerca
de la época a la que viajarás,
pasa a la página siguiente.

BANCO DE DATOS

TABLA CRONOLÓGICA

28 de junio de 1914: El archiduque Francisco Fernando de Austria es asesinado en Sarajevo. Un mes más tarde, Austria declara la guerra a Serbia.

Enero de 1915: Un aeroplano alemán es abatido por un disparo de rifle efectuado desde otro aeroplano: es lo que constituye el primer «asesinato» aéreo.

Marzo de 1915: Anthony Fokker desarrolla un dispositivo que permite disparar con una ametralladora entre las hélices del avión.

7 de junio de 1915: Por primera vez, un avión abate a un zeppelin.

17 de septiembre de 1916: Von Richthofen derriba su primer aeroplano.

13 de junio de 1917: Londres sufre un terrible bombardeo en pleno día. Un bar resulta destruido y hay numerosas víctimas.

21 de abril de 1918: Von Richthofen pierde la vida al ser derribado su aeroplano. Los británicos le rinden honores militares.

11 de noviembre de 1918: Se firma el armisticio. La guerra ha terminado.

EUROPA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



- | | |
|--------------------------|---------------------------|
| 1. Austria-Hungría | 16. Turquía |
| 2. Alemania | 17. Noruega |
| 3. Francia | 18. Suecia |
| 4. Gran Bretaña | 19. Portugal |
| 5. Italia | 20. Marruecos (Fr.) |
| 6. Rusia | 21. Argelia (Fr.) |
| 7. España | 22. Túnez (Fr.) |
| 8. Irlanda | 23. Chipre (G. Br.) |
| 9. Bélgica | 24. Creta (Grecia) |
| 10. Países Bajos/Holanda | 25. Dinamarca |
| 11. Suiza | 26. Sicilia (It.) |
| 12. Serbia | 27. Cerdeña (It.) |
| 13. Rumanía | 28. Córcega (Fr.) |
| 14. Bulgaria | 29. Islas Baleares (Esp.) |
| 15. Grecia | 30. Marruecos (Esp.) |

Estos hechos de la Primera Guerra Mundial te ayudarán a cumplir tu misión:

1) La Primera Guerra Mundial comenzó en 1914, cuando el heredero al trono del imperio austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, fue asesinado durante una visita a Serbia, el país vecino. Austria utilizó el asesinato como excusa para invadir aquel pequeño país. Rusia, amiga de Serbia, le declaró la guerra a Austria, y poco después Alemania se la declaró a Rusia. Rápidamente, se suceden otras declaraciones de guerra. De un lado están los aliados: Serbia, Rusia, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Rumanía y, más tarde, los Estados Unidos; del otro, los poderes centrales: Austria-Hungría, Alemania, Bulgaria y Turquía.

2) Aunque la mayoría de las batallas se llevaron a cabo en Europa y Asia Menor, fue, de hecho, una guerra a nivel mundial. Hubo conflictos por toda África y China, y acciones navales en lugares tan alejados de Europa como Chile y las islas Malvinas. Por supuesto, no todos los países hicieron su declaración de guerra al mismo tiempo. Los Estados Unidos al principio fueron neutrales y rehusaron tomar parte en el conflicto hasta abril de 1917.

3) Durante toda la contienda, los civiles, por lo general, fueron tratados humanamente. Sin embargo, se denunciaron casos de crueldad en los dos bandos, en especial en Rusia y en el mar. Hubo bombardeos sobre hospitales y torpedeos sobre barcos mercantes inermes, que luego sufrieron la masacre de su tripulación. Ambas partes utilizaron espías y muchas fuerzas policiales integradas por civiles –sobre todo en Rusia y Alemania–, que tendían a sospechar de todo lo que se

apartaba de lo ordinario. De este modo, se arrestó a muchos inocentes por confundirlos con espías (y los espías eran fusilados).

4) Ambos bandos esperaban una guerra corta y una fulminante victoria, pero la guerra se empanó muy pronto. Las tropas se enfrentaban en una tierra de nadie, rodeadas de alambre de espinas y en medio del barro. Para protegerse, los soldados cavaban profundas zanjas en la tierra, largas trincheras en las que vivían y de las que sólo salían para atacar o tomar la retirada.

5) Los aeroplanos estaban divididos en tres grupos principales. En el primero estaban los aparatos de reconocimiento y exploración, los cuales podían fotografiar las posiciones enemigas o efectuar observaciones previas para planificar el fuego de la artillería; en el segundo, los bombarderos, que podían realizar ataques desde el aire con potentes bombas, y en el tercero se encuadraban los aeroplanos de caza, desarrollados después de comenzada la guerra y diseñados especialmente para derribar aparatos enemigos. Todos los aeroplanos de la Primera Guerra Mundial constaban de un motor, un tanque de gasolina y una estructura de madera revestida por una tela laqueada. Estar en uno de estos aparatos era como conducir una bomba por los aires. Los pilotos volaban en unos habitáculos abiertos, sin paracaídas, sin máscaras de oxígeno ni calefacción.

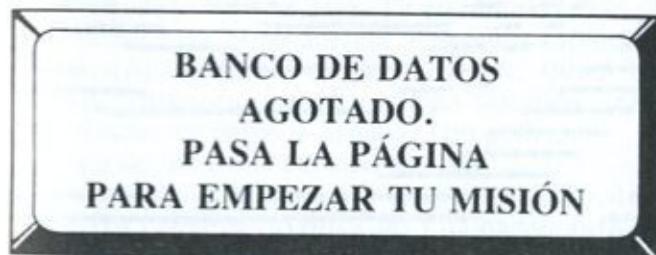
6) La mayoría de los combates aéreos se desarrollaba sobre las trincheras. Esto añadía el riesgo de recibir disparos de las armas antiaéreas instaladas en las líneas enemigas. Tanto la identificación de los aeroplanos como la artillería antiaérea eran primitivas, de modo que un piloto podía llegar a recibir disparos, no sólo de sus enemí-

gos, sino incluso de sus propios compañeros que estaban en tierra.

7) Los fallos mecánicos en los aparatos de combate eran comunes, y a menudo caían derribados sin motor y los pilotos se veían obligados a aterrizar sin palanca de mando.

8) Manfred von Richthofen ingresó al cuerpo de cadetes alemanes –una especie de escuela militar– a la edad de once años, y luego estudió en la escuela de Wahlstatt (entre 1903 y 1909) y en la de Licherfelde (entre 1909 y 1911). En 1911 se unió al Regimiento I de Uhlán, una unidad de caballería que combatía montada y con lanzas. Von Richthofen, como muchos otros pilotos, durante la primera parte de la guerra sirvió en la caballería alemana.

9) En las misiones aéreas, la guerra todavía mantenía ciertos aires de caballerosidad. Disparar a un enemigo indefenso se consideraba una acción reprochable, aunque hubo algunos pilotos a quienes no les importó hacerlo.



Cuando aparezca este símbolo, no olvides que, para orientarte, puedes consultar la lista de datos que hay al final del libro.



E

STÁS de pie en una pequeña habitación de una vieja cabaña. A través de las ventanas abiertas puedes ver los árboles de un bosque y un prado cubierto de flores que rodea la casa. El calor te hace suponer que es verano, pero ¿qué año es? y ¿dónde estás?

De pronto oyes voces que provienen de otra habitación. Te diriges hacia allí y, al llegar a la sala, descubres a cinco chicos que parecen algo mayores que tú. Están apiñados junto a una ventana y hablan en voz baja. Te escondes detrás de una puerta un poco abierta y decides espiarlos.

—Si disparamos al caballo del jefe, quizá los demás tropiecen con él y caigan también —dice un muchacho rubio y delgado con gafas.

Uno de los otros ríe ante la idea.

—Nosotros le hacemos la guerra a los *boches*¹, no a los caballos —replica un muchacho fornido que lleva puesto un gorro de tela—. Además, es mi arma y soy yo quien dice a qué disparar.

No quieras ser sorprendido espiando, de modo que comienzas a retroceder de puntillas; pero tus pasos hacen chirriar el piso. Uno de los mucha-

1. *Boche* es un término inglés despectivo para «alemán». (N. del T.)

chos da un rápido salto hacia la puerta tras la que te ocultas.

—¿Qué es lo que quieras? —pregunta, sorprendido de encontrarte en la casa.

—Creo que estoy perdido —responde, tratando de sonreír.

El muchacho fornido frunce el entrecejo y levanta deprisa el rifle que empuña ¡te apunta directamente!

—Creo que eres un espía *boche* —dice mientras quita el seguro de su rifle.

Aterrado, oyes el ruido de la bala al entrar en la recámara.

—*Boche?* —tartamudeas—. ¿Qué es eso?

—*Boche*. Alemán —explica el muchacho delgado—. ¿De dónde sales, si no?

—Es un espía! —grita una chica—. ¡Dispárale!

¡Parece que tu viaje a la Primera Guerra Mundial terminará antes de empezar! Intentas dar un paso pero el muchacho fornido te coge del brazo.

—Tú no irás a ninguna parte —te ordena; te mira de arriba abajo y luego vuelve a reunirse con los otros—. No podemos disparar ahora; el ruido podría atraer a los alemanes. Además —añade con la mirada fija en tus ojos—, puedes ser inocente. —Esboza una sonrisa y continúa—: Pero, si no lo eres, te mataremos.

Todo lo que puedes hacer es inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—Aquí vienen los de Uhlan —susurra una de las muchachas.

Todos se precipitan hacia la ventana y se olvidan de ti. Vas tras ellos para averiguar qué es lo que sucede.



Una patrulla de la caballería alemana, con uniformes grises y unos extraños cascos cuadrangulares de cuero, avanza a caballo por el camino del bosque que pasa frente a la casa.

El jefe de la patrulla es un hombre alto, de aspecto aristocrático, con mandíbula pronunciada y penetrantes ojos oscuros.

Detiene a la patrulla y aguarda a dos soldados exploradores que regresan cabalgando hacia él.

—¿Están claras las huellas más adelante? — pregunta el jefe de la patrulla.

—Lo están, teniente Von Richthofen —responde uno de los exploradores—, pero no vimos señales de los franceses.

—¡Es Von Richthofen! ¡El hombre al que has venido a encontrar! Pero el Von Richthofen que tú buscas es un piloto, no un oficial de caballería. Sin darte tiempo a reflexionar en esto, el muchacho fornido, que está frente a ti, levanta el rifle y apunta al oficial.

—No —murmura el muchacho delgado—, son demasiados.

Se abalanza sobre el otro muchacho para evitar que dispare, pero sin querer golpea el rifle y éste se dispara, sin acertarle a Von Richthofen.

Alarmado por el ruido, Von Richthofen levanta la espada y señala hacia la casa.

—¡Francotiradores! ¡Terroristas! ¡Cogedlos! Los soldados de caballería cargan hacia la casa y los muchachos se dispersan en todas direcciones. El que empuña el rifle te lo coloca en las manos antes de desaparecer. Sabes bien lo que sucedería si los alemanes te encuentran con el rifle, de modo que lo arrojas a un lado y corres a la parte trasera de la casa.

Por un momento, piensas con un estremecimiento que es lo último que harás en tu vida. Un soldado alemán, montado a caballo, te espera detrás de la puerta. La sombría expresión de su cara te provoca un escalofrío.

El soldado levanta el brazo y comienza a bajar el sable hacia ti. Pero la suerte está de tu parte: el alto casco de cuero que lleva golpea en el dintel de la puerta y cae delante de sus ojos.

—¡Alto! —grita mientras lucha por desembarrazarse del casco.

Pero tú te escabules y corres hacia el bosque. Las balas silban sobre tu cabeza y te convencen de que ahora no es el momento de encontrarte con Von Richthofen.

Estás ya unos treinta metros en el interior del bosque cuando oyes ruido de pasos a tus espaldas. Es evidente que estos alemanes conocen el bosque mejor que tú, de modo que te cogerán si permaneces en él. Debes abandonarlo deprisa.

Quieres encontrar a Von Richthofen cuando ya sea piloto. Tal vez si te trasladas a un campo de aviación en el futuro puedes verlo a bordo de un aeroplano, no montado a caballo. Aunque, si permaneces en el presente, quizás encuentres a alguien que te diga dónde estás.



Saltas a un campo de aviación.
Pasa a la página 13.



Saltas al pueblo más cercano.
Pasa a la página 8.



R

EHÚSAS con cortesía el ofrecimiento de la muchacha. Estás aquí para encontrarte con Von Richthofen, no para dispararle; de modo que te disculpas y sales por la puerta trasera del café.

Mientras te preguntas adónde dirigirte ahora, vas andando por una estrecha callejuela que corre entre dos edificios. Puedes oír el eco de tus propios pasos en los adoquines, pero de improviso distingues el ruido de unas pesadas botas sobre la piedra. ¡Alguien se acerca! Echas a correr y, al girar en la esquina, chocas con un sargento alemán muy gordo que se ha adelantado a su patrulla. Antes de que tengas tiempo de reaccionar, te ha cogido del brazo.

—Por lo que veo, no todos están escondidos —dice—. Ven con nosotros —ordena.

A los pocos instantes estás rodeado por hombres armados con rifles. Es obvio que no puedes huir, así que vas con ellos.

Te conducen al hotel donde los alemanes han instalado su cuartel general. El oficial de guardia, un hombre pálido y delgado que te mira con recelo, no parece creer en absoluto tu historia.

—Te estabas ocupando de tus propios negocios, ¿eh? Muy bien. Muéstrame tu carnet de identidad —dice con la mano extendida.

—¿Carnet de identidad? Los franceses no tenemos —dices, improvisando con rapidez.

Para tu sorpresa, el truco funciona. El oficial llama al sargento.

—Llévelo a su casa y compruebe si es cierto que no es más que un inofensivo campesino. —Te dirige una desagradable sonrisa—. Si lo que dices no es verdad, te mataremos.

Sales con el sargento y, mientras cruzáis la plaza adoquinada de la aldea, piensas a toda velocidad. ¡Tienes que escapar de los alemanes antes de que se den cuenta de que has mentido!

De repente, una ambulancia del ejército alemán da la vuelta a la esquina y se dirige rápidamente hacia ti y tu escolta. Los soldados se apartan para dejarle el camino libre. ¡Es tu oportunidad! Sin esperar una invitación, huyes a toda carrera detrás de la ambulancia. Las balas pasan silbando sobre tu cabeza, pero logras meterte en un callejón. Con un patinazo, frenas bruscamente: ¡es un callejón sin salida! Oyes que los soldados se acercan corriendo. ¡Deprisa, salta mientras aún estás solo!



Pasa a la página 13.

ESTÁS frente a una extraña y peluda criatura. Sin darte tiempo siquiera a gritar, baja la cabeza y, con un fuerte empellón, te arroja contra una pared de madera.

—¡Urrruahhh! —gruñe la criatura.

Sacudes la cabeza para despejarte y vuelves a mirar. Es una cabra. En efecto, estás en un cobertizo con una gran cantidad de estos animales, que te observan con curiosidad como si te preguntaran qué clase de bicho eres. No hueles como ellos, al menos por ahora. La cabra que te dio el topetazo baja otra vez la cabeza preparándose para un nuevo golpe, así que sales a toda velocidad del cobertizo.

Te encuentras en una pequeña aldea que se alza en un cruce de caminos, en pleno bosque. Parece un lugar muy tranquilo y te preguntas por qué no habrá gente. Cruzas la desierta plaza del pueblo y entras en un café. Allí sólo hay una muchacha que te observa con recelo desde el fondo del bar.

—¿Dónde está toda la gente? —le preguntas.

—¿Eres tonto o has estado durmiendo? —te pregunta a su vez la joven—. Se están escondiendo de los alemanes. Mira —añade señalándote la ventana.

Te asomas a la ventana y ves una numerosa patrulla de caballería de Uhlan que se adelanta por el centro de la aldea. Le siguen detrás la infantería, en camiones que remolcan pequeños cañones, las ambulancias y los carros de provisiones. Parecería que vienen para establecerse.

—Nos han invadido y están ocupando el pueblo —susurra la muchacha—. Los alemanes atacaron a

lo largo de toda la frontera francesa y belga. Al principio, nuestras fuerzas combatieron contra ellos, pero ayer se retiraron todos. Dijeron que era «una retirada estratégica».

—¿Qué significa eso? —inquieres.

—Significa que han sido derrotados. Pero todavía hay algunos de los nuestros que seguirán en combate —añade con vehemencia—. Ven conmigo.

—¿Adónde vamos? —preguntas.

—Adonde está la resistencia, los civiles armados. Lucharemos como soldados detrás de las líneas alemanas hasta que vuelvan los nuestros.

—Pero eres muy joven para luchar —replicas.

Ella te mira con aire altanero.

—Mi padre era sólo un muchacho cuando los alemanes invadieron Francia por última vez, en 1870. Entonces ganaron los alemanes, y mi padre combatió duramente contra ellos. Ahora yo tengo que hacer lo mismo, pero esta vez ganaremos nosotros.

Has visto con tus propios ojos a civiles que trataban de abatir a los alemanes, y estuvieron a punto de dispararte por error. Pero seguir a la muchacha puede ser la mejor manera de salir de este lugar.



Sigues tu camino.
Pasa a la página 6.



Vas con la muchacha.
Pasa a la página 19.



El tren parte hacia Königsberg. Mientras atraviesa los campos, el rítmico balanceo del tren te adormece un poco. Estás contento de haberte alejado de Berlín, pero te sientes acosado por pesadillas donde tus perseguidores se arrastran como arañas gigantes por los costados del vagón y te acechan mientras duermes. Te despiertas sobresaltado y te das cuenta de que el tren ha parado. Cuando miras hacia la puerta de tu compartimiento, ves a un hombre de pie fuera, asomado por la ventanilla. Es uno de los hombres que te ha estado siguiendo ¡y te apunta con una pistola!

—Policía de seguridad —dice, al tiempo que te muestra una credencial—. No hagas ningún movimiento brusco.

En ese momento, el tren da un tremendo sacudón y el hombre, que no estaba sujeto, pierde el equilibrio y cae. El tren se pone en movimiento y comienza a tomar velocidad. Te precipitas hacia la ventanilla y ves a los dos policías correr tras el tren. Uno resbala y se cae en una zanja a un lado del camino, pero el otro alcanza a treparse a la cola de tu vagón y emprende el trayecto a tu compartimiento por el lado externo.

Oyes un rugir repentino y ves que se trata de



otro tren que se acerca por la vía contraria, en dirección a Berlín. Si pudieras saltar al otro tren, escaparías del policía que ya está por llegar a tu compartimiento. Por lo visto, no has tenido nada de suerte en Alemania. Abres la ventanilla...



Saltas en el tiempo hasta Londres.
Pasa a la página 26.



Saltas al otro tren.
Pasa a la página 50.



Z

UMM! Un par de ruedas zumban por encima de ti y se acercan peligrosamente para cortarte la cabeza. Te zambulles en un campo de trigo.

Miras hacia arriba y ves que has estado a punto de ser golpeado por un aeroplano rojo con cruces negras que acababa de despegar. Observas que hay otro aeroplano en el cielo, pero éste es rojo, blanco y azul con estrellas blancas. Te preguntas si ésta será la insignia norteamericana.

De improviso, con estrépito de timbales y resonar de trompetas, el sonido de toda una banda es transportado por el aire. ¿Qué podrá ser todo esto? Te incorporas, te sacudes las ropas para quitarles el barro húmedo que se ha adherido y atraviesas a trompicones el campo de trigo en dirección a la música, sin quitar los ojos de los dos aparatos.

El aeroplano rojo se eleva como un rayo, perseguido por el tricolor. Entonces, el rojo inclina un ala y baja en picado hasta ponerse a la cola del otro. Es maravilloso observar estos vuelos llenos de gracia, aunque no comprendes bien qué es lo que sucede. No se oye ningún disparo. Y, aunque los aeroplanos tienen colores y señas diferentes, al parecer son de idéntica construcción. ¿No de-

berían tener diseños distintos los aeroplanos de países enemigos?

Sigues avanzando por el campo de trigo y allí, delante de ti, ves algo que parece ser una especie de feria, con tiendas, banderas, una rueda giratoria y una tribuna. Las banderas son norteamericanas y en la pancarta puede leerse: «1922, Feria del condado Johnson». No es de extrañar que los aeroplanos tengan diseños idénticos. Estás en un espectáculo aéreo en algún lugar de los Estados Unidos.

Observas cómo los dos aeroplanos aterrizan. Los pilotos salen de un salto de sus aparatos y se inclinan para saludar a la multitud que los aplaude con entusiasmo. Luego se encaminan juntos hacia el puesto de refrescos.

Es obvio que no encontrarás a Von Richthofen en una feria de un condado norteamericano. Regresas al campo de trigo con la intención de saltar en el tiempo cuando, de repente, alguien te coge con fuerza del brazo y te vuelve hacia él.

—¿Qué estabas haciendo en aquel campo? —dice el hombre, un tipo alto con un enorme bigote y expresión severa. Lleva una estrella de plata en la chaqueta con la palabra *sheriff*. Les dije que se mantuvieran apartados de los aeroplanos —continúa—. ¡Podrías haber muerto! —Y por qué estás tan sucio? Parece que hubieras combatido en la gran guerra... Bien, ¿qué tienes que decir?

—Es que me he perdido... —comienzas a decir, mientras te restriegas la cara con nerviosismo. Te sorprendes al ver la suciedad que queda en tu mano.

—¿Cuál es el problema, *sheriff*? —dice una voz a tus espaldas.



Os dais la vuelta y os encontráis con uno de los pilotos que os está observando.

—Casi le arrancas la cabeza a este muchacho. Les advertí que se mantuvieran fuera del campo de trigo...

Pero el piloto sonríe.

—Mire, *sheriff*, entiendo bien la fascinación que provocan los aeroplanos. Yo mismo la he sentido. —Le hace un guiño al *sheriff*, quien sonríe a pesar de su enfado—. Si deja a este joven en mis manos, le aseguro que no habrá más problemas.

El *sheriff* parece feliz de librarse de ti, y unos instantes más tarde tú y el piloto os encamináis hacia el puesto de refrescos. Él te pregunta tu nombre y se lo dices.

—Mi nombre es Douglas Campbell —dice él—, acróbata de circo. Un circo fenomenal, de la nueva era del aire.

—Parece algo divertido —comentas.

—Oh, sí, lo es, aunque es una diversión peligrosa. Sólo hago esto hasta que pueda dar el paso siguiente. Entonces pondré una línea aérea. Creo firmemente que el futuro de los aeroplanos es transportar pasajeros... ¡a trescientos kilómetros por hora!

Su entusiasmo es tan contagioso que no puedes evitar sonreír. Te preguntas cómo se sentiría Douglas Campbell si supiese que algún día los aviones transportarán cientos de pasajeros más rápido que la velocidad del sonido.

—Hans —grita el piloto—, ven a conocer a un entusiasta del vuelo.

El otro piloto se acerca sonriente.

—Él es Hans Bischoff, ex piloto del ejército del aire alemán y ahora sólo otro acróbata. Estaba

presente el día en que derribaron al Barón Rojo.

—¡Vaya suerte! Tal vez Bischoff pueda decirte algo acerca de Von Richthofen.

Mientras os acercáis al puesto de venta de alimentos, aprovechas para preguntar:

—Entonces ¿quién derribó realmente al Barón Rojo?

—¡Otra vez con lo mismo! —dice riendo Bischoff.

—Fue un piloto canadiense —te explica Campbell—, el capitán Roy Brown, que volaba en un *caza Sopwith Camel*. Todo el mundo sabe esto, menos Hans que no puede aceptarlo.

—Así es —asegura Bischoff—. Ningún piloto podría haber derribado al Barón Rojo. Él era el mejor. Sólo fue un accidente...

—¿Qué clase de accidente? —preguntas

Bischoff te cuenta que el Barón Rojo volaba demasiado bajo sobre una batería antiaérea australiana.

—Fue un disparo con mucha suerte —añade.

Tendrás que seguir tu investigación para averiguar cuál de los dos pilotos está en lo cierto; de modo que, después de terminar tu bocadillo, dices adiós a Campbell y a Bischoff y te alejas de allí. Te lavas la cara con agua de una fuente cercana y te sientas para pensar en tu próximo movimiento.

Tienes que sacar una fotografía de Von Richthofen, así que tendrás que conseguir una cámara. Y necesitarás poseer una buena razón para estar rondando bases aéreas y campos de combate donde vuela Von Richthofen. No está permitido que los civiles se acerquen a los campos de com-

bate, y un civil con una cámara fotográfica puede ser fácilmente confundido con un espía. Con un suspiro, te dices que esta tarea comienza a parecer imposible. Pero tiene que existir alguna forma...

Alguien ha dejado un periódico sobre un banco y te acercas para recogerlo. Un título te llama la atención: «Furias en la sublevación rif, por nuestro corresponsal en Marruecos». Las fotografías muestran unos fuertes del desierto y soldados de la legión extranjera francesa. ¡Ésta puede ser tu solución! Si consigues un trabajo como fotógrafo asistente de un reportero que esté cubriendo la guerra, te será posible acercarte a Von Richthofen. Pero ¿dónde será mejor que busques el trabajo: en un diario alemán o en uno inglés?



Saltas hacia atrás en el tiempo y vas a Londres, durante la Primera Guerra Mundial. Pasa a la página 26.



Saltas hacia atrás en el tiempo y vas a Berlín, en Alemania, durante la Primera Guerra Mundial. Pasa a la página 22.



S

IGUES a la muchacha, que sale por la puerta trasera del café y baja por un sendero del bosque. A tus espaldas, en el pueblo, oyés disparos.

—Sucios cerdos —murmura la muchacha francesa—. Se arrepentirán de esto.

Parece increíblemente enfadada, y piensas que, en su lugar, sentirías lo mismo.

Pronto habéis dejado atrás el pueblo y no se perciben más ruidos que los propios del bosque. La muchacha te dice que es el bosque de las Ardenas. Todo es tan hermoso que por un momento te olvidas de la guerra que os rodea. La muchacha te conduce por un sendero serpenteante, repleto de flores, hasta un claro donde quince o veinte personas descansan alrededor de una fogata. Todos están armados con rifles, pistolas, y hasta hachas y cuchillos. Sin embargo, tú has visto el poderío de las fuerzas alemanas, sus cañones y su caballería, y no puedes evitar preguntarte qué podrán hacer estos civiles con tan lamentables armas.

—No es el arma lo que importa —dice uno de los hombres, un viejo de cabellos canos que parece haber adivinado tus pensamientos—, sino el hombre que está detrás de ella. Soy el viejo Jacques. ¿Quién eres tú?

Le dices tu nombre.

— Nunca lo había oído —comenta el viejo—. Es evidente que no eres de por aquí. ¿De dónde vienes?

— Bien... yo... yo no soy de aquí —tartamudeas sin saber qué responder.

— Conocí a alguien de ese nombre en Sedan... ¿Eres de Sedan? ¿Conoces a René Malraux? ¿Cuál es el nombre de su hija?

No dices nada. Está claro, por las preguntas que te hacen, que los de la resistencia desconfían de ti y, si respondes equivocadamente, podrías empeorar aún más la situación. Pero tampoco es bueno que permanezcas callado.

— Éste es un espía *boche* —dice uno de los hombres.

¡Otra vez no! Ahora no esperas a que empiecen a hablar de tu fusilamiento. Sales a la carrera y te sumerges en la espesura.



Pasa a la página 13.



L

A tierra se está sacudiendo y un ensordecedor estruendo llena el aire. Te tapas los oídos para protegerte del ruido, y sólo después de unos momentos te das cuenta de que estás de pie en un túnel largo y oscuro y de que lo que oyes no es un terremoto sino el paso de un tren.

Corres hacia la luz que se vislumbra al final del túnel, sales de éste y te encuentras en una calle. Haces un alto para recuperar el aliento. Las encaladas paredes de los edificios están cubiertas con lemas pintados y carteles que promueven el reclutamiento en el ejército alemán. Un sinfín de camiones, coches y carros pasan atronando a tu lado.

Te encaminas a un puesto de periódicos cercano y coges algunos diarios de Berlín. Armado con unas cuantas direcciones, te diriges a varias oficinas de periódicos en busca de trabajo. Pero, para tu desgracia, todos los puestos están cubiertos por jóvenes alemanes que intentan de esa manera librarse de ser reclutados. Con tantos competidores mayores que tú, no lograrás que nadie te elija. Nunca serás corresponsal de guerra por este camino.

Después de dejar sin éxito la tercera oficina, vas a un café a comer algo. La búsqueda de trabajo te ha dado hambre. Mientras comes, adviertes que te observan unos hombres con chaquetas militares. ¿Qué es lo que puede interesarles de ti?

Esta situación acaba por ponerte nervioso, de modo que sales apresuradamente a la calle y tratas de escabullirte. Entras y sales de varios comercios, te metes por un callejón, cruzas varias

veces la calle... Pero, cuando por fin echas una ojeada por encima de tu hombro, ¡ves que están pegados a ti! Deben de pertenecer a una especie de policía alemana.

Empiezas a correr y logras subir a un tranvía que se dirige a la estación de trenes de Potsdam. También lo hacen tus perseguidores; pero no contaban con la multitud y, al ser tú más pequeño, te escabulles con facilidad, compras un billete de tren para Königsberg y te instalas en un compartimiento de segunda clase. Los compartimientos tienen salida al exterior por ambos lados, pero carecen de un pasillo central que los une. Tienes la esperanza de que tus movimientos hayan despistado a tus perseguidores. Entonces, cauteloso, te asomas a la puerta. ¡Los dos hombres que te perseguían entran en un compartimiento al final de tu mismo vagón! Es evidente que siguen tu rastro y probablemente permanezcan en el tren hasta llegar a Königsberg. ¿Qué puedes hacer? Quizá deberías bajarte del tren ahora, mientras aún está detenido, y tratar otra vez de perderlos. Aunque, una vez que el tren se ponga en marcha, no podrán acercarse a ti desde su compartimiento. Tal vez lo mejor sea quedarte en el tren y huir de ellos cuando lleguéis a Königsberg.



Permaneces en el tren hasta llegar a Königsberg.
Pasa a la página 10.



Te escabulles por el otro lado del vagón.
Pasa a la página 36.



LE preguntas al policía la forma de llegar a la Fleet Street, y él te indica una estación del metro.

Avanzas con dificultad entre una apretada multitud para llegar a la estación del metro justo cuando el suelo y las paredes empiezan a sacudirse por explosiones lejanas. La gente que está en el andén mira con aprensión hacia arriba.

—Bombarderos alemanes, ¿no crees? —dice un trabajador mugriente, en mono y con gorro de paño.

—Probablemente sin sangre, colega —contesta su compañero—. Jerry no se atrevería a dispararnos en pleno día.

Supones que «Jerry» debe de ser un modo de llamar a los alemanes. Llega el tren y te lleva hacia el norte, cruzando el río Támesis, hasta el centro de Londres. Cuando al fin vuelves al nivel de la calle, lo primero que distingues es un cañón antiaéreo instalado en un parque. Los hombres a cargo del arma se preparan para entrar en acción. Sin ninguna advertencia, comienzan a disparar hacia arriba, aunque el cielo está tan nublado que eres incapaz de decir a qué disparan. En la distancia se oyen otros cañones que también están disparando. Los londinenses observan este extraño espectáculo con total tranquilidad.

—¿Pasa esto a menudo? —le preguntas a un oficial de la armada que se ha detenido cerca de ti.

El oficial te mira con curiosidad.

—No eres de la ciudad, ¿no es verdad? —inquire. Luego te explica—: No, en general atacan de noche. Jerry se está poniendo desagradablemente audaz al bombardearnos a plena luz del día.

Tras agradecerle su explicación, le preguntas dónde puedes encontrar la Fleet Street. Sigues sus instrucciones y pronto te hallas frente a un edificio con un gran cartel que pone: «*The London Times*». Subes las escaleras de la entrada.



Pasa a la página 30.



U

NA pluma para ti, muchacho.

Sales por una callejuela a una concurrida acera, a tiempo de ver a un hombre joven, vestido de civil, ruborizarse y eludir a una mujer que distribuye plumas blancas.

Mientras observas, la mujer se acerca a otro hombre y le tiende una pluma. El hombre arroja la pluma al suelo y se aleja enfadado. Te das cuenta de que algunas personas cruzan la calle para evitar encontrarse con la mujer. Lleno de curiosidad, vas hacia ella.

—Discúlpeme, señora —dices—. ¿Qué es lo que sucede?

—Aquellos hombres son fuertes y saludables —responde señalándolos—. Deberían estar uniformados, sirviendo a su país y a su rey contra los *boches*. ¡No escondidos en Londres, como un puñado de mujeres cobardes! —concluye con tono duro. Suena como si ya hubiera pronunciado el mismo discurso cientos de veces.

—Pero ¿por qué plumas blancas? —preguntas inocentemente.

—La pluma blanca es un símbolo de cobardía. Si fuera por mí, los emplumaría a todos —replica con furia.

Ve a otro joven y va en su persecución. Te



preguntas si la guerra hará que todos enloquezcan un poco.

Al menos ahora sabes que estás en Londres. Éste es un lugar terriblemente concurrido, con coches, camiones, carros, peatones y tranvías que compiten por el espacio. Observas que una compañía de hombres uniformados vienen marchando y cantando, armados con rifles que descansan sobre sus hombros. Las paredes están cubiertas de anuncios de reclutamiento en el ejército y letreros que aconsejan a la población conservar los alimentos y el carbón.

Confías en que aquí podrás encontrar un empleo como asistente de un corresponsal que te permita ir al frente y tener alguna oportunidad de encontrar a Von Richthofen.

Te diriges a un puesto de periódicos y verificas la fecha de los diarios. Es el 13 de junio de 1917. Coges el *London Times* y empiezas a leerlo. Las noticias de la guerra son sombrías. Las bajas de las tropas que combaten en Francia son alarmantes. Los bombarderos alemanes han estado atacando los puertos británicos en el canal, y sus submarinos están paralizando la flota mercante británica. Luego, en la última página, encuentras una historia referida a Von Richthofen.

El artículo habla de él como «el caballero del aire» e indica que, sorprendentemente, los británicos parecen admirar a este hombre, aunque se sepa a ciencia cierta que ha derribado más de cincuenta aeroplanos aliados. Por fin encuentras la dirección de los editores. Está en Fleet Street.

—¡Oye, tú! —grita el vendedor de periódicos arrebatándote el *London Times*.— O compras el periódico o te largas.

Estabas a punto de preguntarle por la dirección de Fleet Street, pero decides que será más conveniente hacerlo en otra parte. Podrías cruzar la calle y pedir ayuda a un policía, o podrías ir a un bar cercano y allí tratar de averiguarlo.



Preguntas al policía.
Pasa a la página 24.



Entras en un bar.
Pasa a la página 33.



P UEDO ayudarte?

En el vestíbulo del edificio del *London Times*, un empleado te mira desde un escritorio.

—Quisiera ver al encargado de los corresponsales de guerra —dices inseguro.

El empleado hace un gesto de negación.

—No hay tal persona, pero si miras en la guía del edificio encontrarás varios editores y oficinas. Quizás esto te sirva de alguna ayuda.

Le agradeces y examinas la guía. Hay una «oficina de Asuntos Exteriores» que tal vez sea lo que buscas, de modo que te encaminas hacia el despacho del jefe de esa oficina. Detrás de una puerta que pone «Señor Jonathan Shirley» está sentado un hombre cuyo aspecto no es muy amistoso.

—Bien, ¿quéquieres?

—Disculpe... —empiezas a decir, pero Shirley te interrumpe.

—Estás utilizando mi valioso tiempo, y el tiempo es dinero. Ve derecho al punto.

—Quiero conseguir un empleo —dices.

—¿Un empleo? —repite él.

—Así es, si hay alguna oportunidad —contestas.

—¿Tienes alguna experiencia en periodismo? —pregunta el hombre, con la evidente sospecha de que no la tienes.



Decides decir la verdad.

-No, en verdad no.

-¿Y sabes algo de lo que es imprimir un periódico? -inquiere con un fuerte resoplido.

-Me gustaría sacar fotografías -explicas-. Pensé que quizás necesitaban un fotógrafo. -Shirley arquea las cejas con escepticismo- ...o un asistente de fotógrafo -añades incómodo.

-Fotografía, jeh? -Saca una cámara de un cajón-. Si eres tan bueno, mira esto y dime por qué no funciona.

Coges la cámara y la examinas. Casi al instante, adviertes que una pieza de metal traba el mecanismo de rebobinado. Eso podría ser el problema, y se lo haces notar a Shirley.

-Hmmm, no me había percatado de ello -dice estudiando el rebobinador-. Es probable que sea un trozo de metralla. Bueno, ¿puedes arreglarlo?

Si llevas una navaja, podrás hacerlo con facilidad. En caso contrario, deberás abrirla e intentar desprender el trozo de metal manipulando desde el interior.



Si llevas una navaja,
Pasa a la página 52.



En caso contrario,
Pasa a la página 45.



E

NTRAS en el bar. Te lleva un tiempo adaptar tus ojos a la débil luz del lugar. Por fin distingues que, además del camarero, hay sólo dos o tres clientes. Uno de ellos habla de lo mal que se está llevando a cabo la guerra en Francia, de la forma indebida en que se utilizan los aeroplanos.

-¡Y Gallipoli! -dice-. Aquello fue un desorden total. Es como para preguntarse de qué lado está Churchill.

-Sí, bien -lo interrumpe el camarero, quien evidentemente ya ha oído antes esas historias-. Supongo que tú habrías hecho un trabajo mejor, ¿no es así?

-¡Ya lo creo! -replica el hombre-. Habría tomado un par de aquellos aeroplanos de carga que la armada construye en el Báltico y habría enviado un par de escuadrones sobre Berlín. ¡Ya verías cómo se despiertan los alemanes con gas mostaza y fosgeno!

El otro hombre lo mira asombrado.

-¿Usarías gas con los civiles? -pregunta con incredulidad.

-Eso he dicho, colega -responde el primer hombre-. Ya no hay más civiles. Los civiles alemanes van a trabajar por la mañana a las fábricas, y allí construyen armas, submarinos y aero-



planos para matar a nuestros muchachos en Francia. ¡Y emplean gas! Por eso digo que hay que devolverles su propia medicina, devolverles su maldito gas.

Sientes un estremecimiento y te preguntas cómo puede este hombre decir tales cosas. ¿Cómo es que no está sirviendo en el ejército? En esos momentos él se vuelve y ves la manga de su chaqueta vacía. Ha perdido el brazo, probablemente en la guerra. Si alguien tiene derecho a estar amargado, es él.

—Y tú qué miras? —te pregunta.

—Estaba esperando que me pudiera decir... —empiezas a explicar, pero te detiene un sordo estruendo.

—Archie —dice lacónico el hombre. Pones cara de no entender—. Armas antiaéreas —te aclara—. Están disparando a los aeroplanos de Jerry.

Te imaginas que «Jerry» debe de significar «alemanes». Entonces uno de sus amigos dice:

—O a los Zeps.

Ahora sí que estás totalmente despistado.

De pronto oyes un silbido cada vez más fuerte.
—Es eso una bomba?



Te arrojas debajo de la mesa.
Pasa a la página 49.



Corres hacia afuera.
Pasa a la página 38.



TE escabulles por el otro lado del vagón y te esfumas entre la multitud. Observas a los dos policías oculto tras una columna de mármol. Aún están en su compartimiento, hablando mientras el tren sale lentamente de la estación. Te los has quitado de encima, pero es obvio que, sin la protección de tus credenciales de periodista, Berlín es muy peligrosa para ti. Y si te arrestan, no conseguirás encontrar a Von Richthofen.

Bien, por el momento estás a salvo. Vas a un café para reflexionar sobre el camino a seguir. Para tu sorpresa, cerca de ti hay un grupo de ingleses. ¿En Berlín? Te das cuenta de que son todos corresponsales.

—Pero Inglaterra está en guerra con Alemania —les dices—. ¿Cómo evitan ustedes ser arrestados?

—No es fácil trabajar en Alemania —explica uno de ellos—, pero todos tenemos pasaportes suizos o daneses. Y hay cien maneras de conseguir un artículo si uno se arriesga un poco. Aunque los alemanes nos vigilan como halcones. Ahora, las fotografías...

—¿Has obtenido el permiso? —interrumpe otro que se dirige a ti y señala, sorprendido, tu cámara—. La sola posesión de una cámara podría llevarnos a la prisión de Spandau por largo tiempo.

Los alemanes son muy estrictos en cuestiones de seguridad.

Les aseguras que tienes permiso para usar la cámara. Uno de los hombres te tiende su tarjeta y te dice que, si alguna vez vas a Londres, veas a su editor.

—El *London Times* siempre requiere los servicios de un buen cazador de imágenes —dice.

Le das las gracias y te excusas para ir al lavabo. Una vez a solas, saltas en el tiempo.



Pasa a la página 26.



H

UUUU! Cuando sales del bar oyes otra vez el silbido de las bombas. Te vuelves, listo para arrojarte al suelo, pero adviertes que no es más que el silbato de un policía inglés.

—¡Vamos, muévete! —te dice con el entrecejo fruncido—. No deberías estar aquí. ¡Vete al metro!

—¿Por qué? —preguntas sin comprender.

—Es un ataque aéreo. ¡Muévete!

Corres hacia una boca de metro cercana y bajas deprisa las escaleras, junto con varias personas que también buscan refugio. Cuando estás en mitad de la escalera, oyes una tremenda explosión a tus espaldas. Al volverte, ves que el bar donde has estado hasta hace un momento está envuelto en llamas. ¡Una bomba lo ha destruido! ¡Y toda la gente con la que has conversado estaba dentro! Tú también habrías podido estar allí.

—¡Vamos, deprisa! —dice el policía, mientras te obliga a bajar la escalera.

Abajo hay un gran número de londinenses. Parecen alegres, a pesar de que bombardean su ciudad. Algunos hacen conjeturas sobre la clase de aeroplanos que los alemanes han enviado en esta ocasión.

—La mayoría son Hansa-Branderburgs. O aque-



llos grandes Lohners –dice un clérigo. Su compañero no está de acuerdo.

–Creo que te equivocas, párroco. Ahora tienen unos nuevos: los Gothas. Lo leí en el *London Times*.

El *London Times*. Ése era el periódico que buscabas, y, según el comentario del hombre, está cubriendo la guerra aérea. ¡Tanto mejor!

Llega el tren y te subes a él para dirigirte al centro de la ciudad. Cuando sales de nuevo a la calle, todo parece en calma, aunque aún se escuchan algunos disparos de armas antiaéreas provenientes del parque y la gente observa el cielo. Haces lo mismo, pero no alcanzas a ver nada.

«¿Cómo pueden los artilleros disparar a lo que no ven?», te preguntas en voz baja.

Un oficial de la armada te ha oído.

–No disparan a un objetivo concreto. Pero los disparos bastan para asustar a los alemanes y hace sentir mejor a la gente, como si realmente los estuviésemos derribando.

–Pero, ¿es que no lo estamos haciendo? –preguntas–. ¿Y en Francia? ¿Acaso el Real Cuerpo Aéreo...?

–Bueno... –empieza a decir el oficial, pero tú lo interrumpes.

–Ellos sí que lo hacen bien. Lo leí en los periódicos.

–Bueno, supongo que tienes derecho a opinar así –replica el oficial. Luego baja la voz como si no quisiera ser oído por nadie más–. Pero yo he estado en Francia, ¿sabes? He estado en las trincheras, y es horrible. También he volado, y te aseguro que prefería estar en el cielo azul que en el barro.

–Pero, ¿y si te derriban?
Él sonríe.

–Al menos, es más rápido que haraganear en el barro a la espera de que te disparen. Aunque, claro, si puedo elegir, prefiero permanecer en Londres. –Te dedica una sonrisa de despedida y se marcha.

Tú también lo preferirías, pero aquí no encontrarás a Von Richthofen. No tienes más remedio que ir al frente.

Después de solicitar ayuda a un policía, encuentras por fin Fleet Street y pronto te hallas frente a las oficinas del *London Times*.



Entras en la oficina.
Pasa a la página 30.



CUANDO despiertas, estás en una cama, solo, en una habitación blanca. Al parecer no tienes herida alguna, pero estás un poco tieso y te sientes mareado. Te levantas y vas hasta la ventana. Debajo ves un patio. En los mástiles flamean las banderas de Inglaterra y de la Cruz Roja, y las ambulancias entran y salen continuamente por la puerta. Debes de estar en un hospital.

De pie ante la ventana tienes tu primera vista panorámica de Londres. La ciudad se extiende tan lejos como puedes ver. A cierta distancia distingues unos hilos de humo que se elevan en el cielo azul. ¿Serán por el bombardeo? Aguzas el oído para investigar si el ataque continúa, pero lo único que oyes son los ruidos propios de la ciudad. Y los únicos aeroplanos visibles son un trío de pequeños cazas que vuelan a baja altura.

—Regresa a la cama ahora mismo.

Te vuelves enseguida y ves a una monja enfermera de pie en el umbral de la puerta.

—Tienes mucha suerte de estar vivo. La mayor parte de la gente que estaba en el bar murió al caer la bomba. El resto está herida. Te encontraron debajo de una mesa. Parece que eso fue lo que te salvó. —Te lanza una mirada reprobatoria—. Pero no deberías haber estado en ese bar.

—Sólo fui a preguntar una dirección... —empiezas a decir, pero ella te interrumpe.

—Sí, estoy segura de que ése fue el único motivo.

Decides cambiar el tema.

—¿Fue una bomba, entonces? ¿Desde un zeppelin?

—No —contesta ella—. Los zeppelines sólo vuelan de noche. Esos grandes globos voladores son un blanco demasiado tentador para nuestras armas. Un solo impacto y el gas hidrógeno que tienen dentro explota como una exhibición de fuegos artificiales.

La miras confundido y ella sonríe.

—No. Aquéllos fueron bombarderos. Asquerosos e inmensos aeroplanos. Pero nuestros muchachos los derribarán a cualquier precio, aunque tú no debes preocuparte por eso ahora. Todavía estás desorientado. Queremos que sigas descansando.

—Pero yo estoy bien... —intentas replicar.

Ella te interrumpe con un gesto.

—Deja que sea el doctor quien decida cómo estás. Hasta entonces, permanece en la cama y descansa.

Se da media vuelta y se va. Entonces vuelves a incorporarte. Lo último que deseas es desperdiciar el tiempo aquí, piensas mientras revuelves el armario en busca de tus ropas. Pero, cuando miras hacia la puerta, ves a la enfermera conversando con el doctor. Tendrás que esperar para salir.

Vas a la ventana y compruebas que, por desgracia, estás en un tercer piso. Debajo hay un patio de servicio, donde en este momento un

carro de la lavandería está rodeado de grandes cestos con sábanas sucias. El personal de la lavandería está descargando las sábanas limpias y recoge las sucias. No hay escalera de incendios, pero lo tendrás que hacer. Y tu cálculo tendrá que ser perfecto.

Abres de par en par la ventana y entornas la puerta que da al corredor lo suficiente para que la enfermera oiga. Entonces, haciendo todo el ruido posible, arrojas una silla por la ventana y esperas. Ella tiene que haberlo oido. Se acercan unos pasos y luego la puerta de tu habitación empieza a abrirse.

Pasa a la página 58.



N

o tienes una navaja, de modo que abres la cámara para intentar liberar el rebobinador. Un rollo de película salta afuera y se desenrolla sobre el escritorio. El señor Shirley da un puñetazo en la mesa y se levanta de un salto, con la cara roja de furia.

—Ésa era una película valiosa! —grita—. ¡Fotografías del combate naval de Jutlandia! ¡Y ahora las has arruinado! ¡Sal de mi oficina! ¡Fuera de mi vista!

Te escabullen por la puerta justo a tiempo para evitar el pisapapeles que te arroja Shirley. No tienes forma de disculparte. Has estropeado tu oportunidad de ser un cazador de fotografías. Ahora nunca conseguirás encontrar a Von Richtofen y hablar con él.

En la sala hay un joven pelirrojo que te observa sonriente.

—Veo que ya has conocido al jefe, al viejo cabeza de hierro. No has conseguido el empleo, ¿no es así?

—No... y ya me iba... Soy fotógrafo, es decir, asistente de fotógrafo.

—Nos faltan fotógrafos —dice el joven— y asistentes de fotógrafos, así que debería haberte contratado. Ven conmigo.

Te lleva a ver a un hombre llamado Reaves,

quién te da una cámara y una caja de cuero llena de película virgen. Te hace firmar por todo lo que te entrega y te recalca que cualquier cosa que pierdas o estropees se te descontará de tu paga.

Luego sigues al joven pelirrojo hasta la oficina de prensa, esforzándote por igualar su apresurado paso.

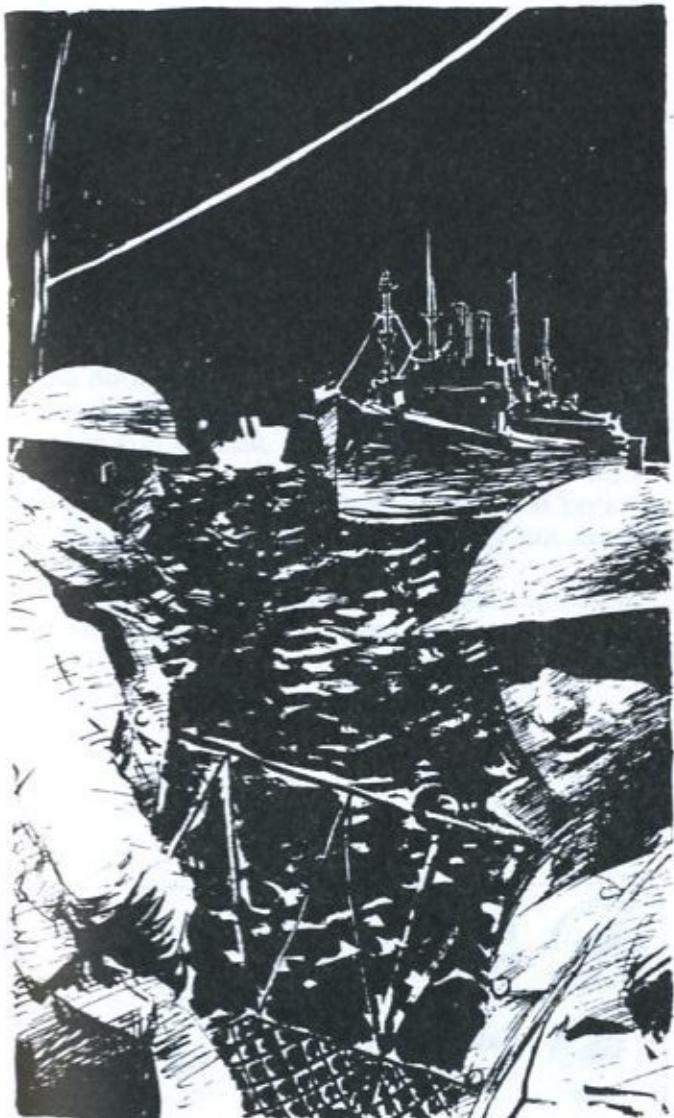
—No creí que me contratarían...

—Necesito un fotógrafo —dice el hombre que te recibe—. Mi nombre es Roy Ellison-Jones, y soy yo quién te contrata. Siempre que no te importe viajar fuera del país. Esta misma noche saldremos en tren hacia Dover.

El plan te parece magnífico y aceptas de inmediato. Ésta puede ser tu oportunidad para intentar encontrar al Barón Rojo.

Esta noche abordáis el tren, donde dormitáis hasta llegar a Dover. Allí subís a un viejo barco de transporte de tropas, el *R. M. S. Minnewaska*, y poco después salís del puerto. Para tu sorpresa, el barco navega sin luces. Le preguntas a Ellison-Jones cuál es el motivo, y te explica que es para esconderos de los submarinos alemanes. ¿Submarinos? Algo nervioso, escudriñas las oscuras aguas y luego mar adentro, donde adivinas las difusas formas de los otros barcos de tu convoy y de los destructores guías. Pasas las horas siguientes en cubierta, cerca de los botes salvavidas, esperando llegar a tierra. Cerca de medianoche, cuando las luces de Francia están aún lejanas, vas en busca de Ellison-Jones. Lo encuentras jugando a las cartas con tres oficiales, pilotos del Real Cuerpo Aéreo, en el salón del barco.

—¿Cuánto falta para llegar a Francia? —les preguntas.



Los pilotos se miran entre sí y Ellison-Jones ríe.

— Nunca dije que iríamos a Francia. Nuestro destino es la Mesopotamia, para cubrir la campaña contra los turcos.

Le agradeces por decírtelo y, confuso, vuelves a cubierta y te asomas a la barandilla. ¡Los turcos! Es un largo viaje y un largo camino para llegar a Von Richthofen.

Puedes permanecer en el barco e ir al Medio Oriente. O puedes intentar trasladarte a un campo de aviación alemán en el frente oeste.



Permaneces en el barco.
Pasa a la página 55.



Saltas al frente oeste.
Pasa a la página 69.



CURRUCADO debajo de la mesa, supones que la bomba atravesará el techo en cualquier momento. Pero no sucede nada. Entonces adviertes que un hombre armado te mira con desdén.

— ¡Buen salto! —dice el camarero—. Pero no te preocupes. Ese silbido era la sirena de la policía, no una bomba. Además, este bar es tan seguro como una casa.

En ese momento hay una tremenda explosión y la onda expansiva te derriba.



Pasa a la página 42.



TE encuentras en el espacio de comunicación entre dos de los vagones del otro tren. Éste comienza a tomar velocidad y pronto has dejado atrás el tren a Königsberg y a tus perseguidores.

A diferencia del otro tren, éste tiene un pasillo central en el vagón. Te diriges al primer compartimiento y abres la puerta con decisión. Te hallas en medio de un grupo de jóvenes oficiales alemanes que interrumpen su cena de pan y salchichas para echarte una mirada.

—¿Qué tenemos aquí? —dice uno de ellos.

—¿Son ustedes oficiales de la fuerza aérea? —preguntas con timidez.

Ellos ríen.

—No, somos artilleros —responde el que parece más joven al tiempo que palmotea la insignia de su chaqueta—. Nos dirigimos a los Balcanes, a Sálonica.

—Esperamos dejar caer unos regalitos sobre los británicos —dice otro.

Para ser gente que marcha a la guerra, parecen de muy buen humor. Recuerdas que Von Richthofen sirvió en Francia, en el frente oeste. Los Balcanes, en el este de Europa, es el último lugar adonde quieras ir, de modo que te excusas y sales

al corredor. No hay nadie a la vista. Piensas que quizás deberías ir en primer lugar a Londres.

En esos instantes, la puerta de uno de los extremos del vagón se abre y aparece el revisor.

—¿Cómo has logrado subir el tren? —dice mirándote fijamente.

Parece ser que no eres bienvenido. Retrocedes y te diriges a toda prisa hacia el otro extremo del vagón mientras oyes gritos a tus espaldas.

—¡Deténtete! ¡Ven aquí!

Al final de la plataforma encuentras una escalera. La subes y trepas al techo del vagón. Desde allí, observas cómo el conductor entra en el siguiente coche para buscarte.

Hasta ahora, Alemania sólo te ha traído problemas. Quizás deberías haber ido primero a Londres.



Saltas a Londres.
Pasa a la página 26.



EMPUJAS el trozo de metralla con tu navaja, y el rebobinador atascado cede. El señor Shirley está impresionado. Coge un pedazo de papel y empieza a escribir.

—Me gustan los jóvenes decididos. Lleva esta nota al señor Reaves, del departamento de equipos, para que te dé una cámara y películas. Luego ve a ver al señor Morrow, de la oficina de Francia. Él hará los arreglos para que cobres.

Reaves, un individuo alto de mirada aguda, te hace firmar por cada elemento que te entrega.

—Si pierdes o estropeas esto, se te descontará de tu salario —repite al menos media docena de veces.

Por fin te libras de él y vas a buscar al señor Morrow.

Con tu cámara en la mano, permaneces de pie frente al señor Morrow, un individuo alto con bigote, a la espera de que te atienda.

—¿Eres el nuevo asistente del cazador de fotografías? —dice al cabo—. Pareces un poco joven pero, si Shirley te ha aprobado, debes de conocer bien el trabajo.

No estás muy seguro de que así sea, pero Morrow continúa:

—Lleva tu equipo contigo. Saldremos a las nueve en el tren de Dover, rumbo a Francia.

Después de pasar la tarde dormitando en la oficina de prensa, verificas el equipo por el cual has firmado y cenas frugalmente en una cafetería cercana. Luego te embarcas en el tren con Morrow y otro asistente, un joven de aspecto nervioso llamado Dickinsen.

—¿Eres el fotógrafo? —le preguntas.

Él te dedica una sonrisa pícara y responde:

—No, *tú* eres el fotógrafo.

—Pero... yo pensaba...

—Ya sé que estarás sorprendido —te interrumpe—. Pero el periódico tiene menos personal del necesario desde que comenzó la guerra, y todos hacemos doble faena. De modo que te han promovido: desde ahora eres un oficial fotógrafo del *London Times*.

Vuelve a sonreír, ahora con ironía.

—Veo que te has quedado impresionado.

—Lo estoy —dices—. Pero ¿cuál es tu trabajo?

Dickinsen te explica que él se encarga de cuidar de las palomas que se utilizan para enviar los mensajes desde el frente. El diario emplea palomas mensajeras para recoger los artículos de sus corresponsales en Francia y Bélgica. Ellas vuelan siempre de regreso a su palomar, en el tejado del edificio del *London Times*.

—Las fotografías que tomaré, ¿también serán llevadas por las palomas? —preguntas.

—No —contesta Dickinsen—. Podría ser muy arriesgado. Tu película viajará por un medio más lento pero más seguro: los trenes franceses. Nosotros siempre podemos volver a escribir un artículo, pero una fotografía es «un momento congelado en el tiempo», como el señor Morrow suele decir.

—¿Adónde vamos, exactamente? —preguntas a Morrow—. No sé mucho acerca de Francia.

—Vamos al frente del oeste —dice Morrow—, la línea que cruza Francia donde los aliados resisten a los alemanes. Cubriremos esta nueva guerra aérea y haremos reportajes a los pilotos. Quizás incluso logremos cruzar la línea para conseguir unas palabras del mismísimo Barón Rojo.

—Estás de suerte! ¡Tal vez puedas sacarle una foto!

—Dice usted que intentaremos cruzar la línea? —inquieres—. ¿Ir al lado alemán?

—Bueno —responde sonriendo Morrow—, por lo general ellos están demasiado ocupados para detenernos.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntas.

—Los hombres de armas —explica Morrow—, nuestros soldados y los de ellos. —Echa una mirada por la ventana—. Estamos llegando a Dover. Cojamos nuestro equipo.



Pasa a la página 59.



E

L Minnewaska avanza con lentitud, escoltado por los destructores y un viejo crucero canadiense. Gran Bretaña queda atrás mientras os internáis en el mar Cantábrico y bordeáis la Península Ibérica, donde la escolta es relevada por dos destructores portugueses. Por fin en la mañana del quinto día se avista Gibraltar.

El Peñón, como se lo llama, se alza majestuoso, destacándose contra la niebla. Ellison-Jones te cuenta que es una colonia británica desde hace no menos de doscientos años.

—A los españoles les gustaría recobrarlo, por supuesto —explica—, pero no tienen ninguna posibilidad. No hasta que los monos se vayan de este lugar.

—¿Qué monos? —preguntas sin comprender tal afirmación.

—Los monos salvajes que viven en el Peñón. Tienen nidos o cuevas por todas partes, y dice la leyenda que Gibraltar será británica mientras haya monos en el Peñón. Por tanto, como te podrás imaginar, tratamos a los monos a cuerpo de rey.

En Gibraltar, el *Minnewaska* permanece en el embarcadero sólo el tiempo suficiente para cargar carbón, antes de reanudar su travesía. Miras

con detenimiento los lustrosos destructores y los grandes cruceros que están en el puerto y le pregunta a Ellison-Jones cuál de ellos os servirá ahora de escolta.

—Me temo que ninguno —responde—. Su trabajo es resguardar las rutas a Gran Bretaña. Puesto que los italianos retienen a la flota austriaca en sus puertos de origen y que los alemanes no pueden contar con sus submarinos, el almirantazgo de Londres considera más seguro el mar Mediterráneo. Por eso no necesitaremos escolta para ir al Medio Oriente. Al menos, eso es lo que ellos opinan.

No te hace demasiada gracia el comentario de Ellison-Jones.

—¿Y qué piensas tú? —preguntas.

—Pienso que, si los alemanes quisieran utilizar submarinos en el Mediterráneo, los enviarían en tren a través de los Alpes.

Al parecer, el capitán del *Minnewaska* comparte la opinión de Ellison-Jones.

A la mañana siguiente, el barco continúa viaje por el Mediterráneo rumbo a Malta. El día es claro y el mar está calmo, así que aprovechas para observar los aeroplanos modelo RE-8 que hay en cubierta.

Da la impresión de que están hechos sólo de madera, alambre y tela. Volar en ellos debe de ser muy peligroso.

De pronto, uno de los vigías del barco lanza un grito de advertencia y señala hacia el norte. Te asomas a la barandilla y ves que algo oscuro se acerca a toda velocidad al barco por debajo del agua. Antes de que alcances a entender de qué trata, alguien grita:

—¡Torpedo!

—Tienes que saltar en el tiempo! Pero entonces la cubierta explota bajo tus pies y todo se pone negro.



Pasa a la página 64.



ESTÁS en un callejón al otro lado del hospital. Has salido por el patio aprovechando la confusión cuando la enfermera y el personal de la lavandería te buscaban dentro de los cestos.

—Si alguien hubiera saltado aquí dentro, yo lo habría oído —protesta el conductor del camión.

—Usted límítese a buscar —dice la enfermera.

Tu truco funcionó a las mil maravillas. La enfermera cree que has saltado por la ventana; ¡no se imagina que has saltado en el tiempo!

Decides dirigirte a la oficina del periódico y buscar a un policía que te indique cómo llegar a Fleet Street. Una hora y media más tarde te encuentras en las oficinas del *London Times*.

Pasa a la página 30.



EN Dover subís a un barco que os cruzará hasta Francia. Después de desembarcar en Cherburgo y tras una corta caminata hasta la estación, cogéis el tren francés que parte hacia el frente. Desistís de ir en el bullicioso vagón de la tropa y, mientras os dirigís a otro, observas que arriba, en el cielo, los aeroplanos están en pleno combate.

—Esto es perfecto —comenta Morrow—. Tan pronto como nos hayamos registrado en el censo del distrito, marcharemos hacia el frente.

Una vez llegáis, os ponéis en camino hasta la línea de combate en una ambulancia francesa. Morrow sale a entrevistarse con los pilotos, y entretanto ayudas a Dickinsen a instalar las jaulas de las palomas. Dickinsen no parece nada feliz. Odia con todas sus fuerzas la violencia y la guerra, y no quiere participar en ella ni siquiera como observador.

—Entonces, ¿por qué has venido? —le preguntas.

—Mi padre es coronel y ahora combate cerca de aquí. De esta manera, al menos podré verlo. Además está en juego el honor familiar, ¿comprendes?

Después de terminar con las jaulas, Dickinsen se sienta a escribir una carta a su madre y tú, tras vagabundear un rato por el campamento, te diri-

ges a las trincheras. Quizá consigas acercarte al lugar de la acción ¡e incluso ver una batalla aérea en primera fila!

De repente aparece entre las nubes un caza de color rojo de triple ala, y, dejando una estela de humo, cae en picado hacia ti. Te zambulles entre los arbustos y observas cómo el aeroplano va dando tumbos en el campo hasta lograr detenerse. Un joven piloto salta del aparato blandiendo un revólver. Adviertes con sorpresa que el hombre es Hans Bischoff, ¡el joven que conociste en Kansas! Es raro que él no te haya reconocido en la feria del condado... acaso fue porque estabas demasiado sucio.

Después de asegurarse de que está a solas, Bischoff rocía el estropeado aeroplano con gasolina y se apresura a prenderle fuego. Todavía escondido entre los arbustos, apuntas la cámara y haces una foto. Luego, con sumo cuidado para no alarmaarlo, sales de tu escondite.

—¿Quién eres tú? —gruñe, al tiempo que te apunta con la pistola.

—Soy un reportero —te apresuras a contestar para disuadirlo de que dispare—. Estoy tratando de conseguir una historia sobre la guerra en el aire. ¿Puedo sacarte una foto?

Él asiente y guarda la pistola.

—Siento haberte apuntado, pero es que estoy un poco nervioso. Es la primera vez que me derriban.

Le sacas la foto y luego de observar cómo Bischoff prende fuego al aeroplano, tomas otra del incendio.



En esos momentos otro caza rojo desciende y aterriza a pocos metros. Hans corre hacia él y tú lo sigues. ¡Es Von Richthofen! A pesar de su casco de cuero, lo reconoces enseguida. Preparas tu cámara para otra toma, mientras Von Richthofen le pregunta a Bischoff si todo está bien.

—Estoy bien, pero imagino que me harán prisionero —dice Bischoff con malhumor.

—Tonterías —replica el Barón Rojo—. No será así si puedes ir agarrado a mi ala.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Hans suena emocionada.

—Sólo porque no hay lugar para ti dentro del aeroplano, eso no significa que tenga que dejarte aquí. Puedes ir encima de él, ¡pero tendrás que cogerte fuerte!

Hans se sujetó con fuerza y tú preguntas si puedes tomar otra fotografía. Von Richthofen parece confundido por tu presencia, pero Bischoff ríe.

—Es sólo un fotógrafo —aclara—. No hay problemas.

—Muy bien, entonces —aprueba el Barón Rojo—. Pero que sea rápido.

Tomas tu foto e, instantes después, el pequeño aeroplano se aleja dando botes por el campo con sus dos pasajeros, uno dentro del habitáculo y otro atado en el exterior. Así, sobrecargado, la potencia del motor apenas es suficiente para despegar.

Esta es la segunda vez que has visto a Von Richthofen y te sientes fascinado por él. Quisieras saber más cosas acerca de su persona y averiguar qué es lo que hace que un hombre llegue a ser as del aire. Debe de haber algo en su vida que

explique por qué llegó a ser un hombre tan especial. Quizá puedes descubrirlo investigando su pasado, o tal vez sea mejor buscarlo en el futuro o en su campo de aviación.



Buscas a Von Richthofen en el pasado.

Pasa a la página 81.



Vas al futuro a buscarlo.

Pasa a la página 115.



Vas a buscarlo a su campo de aviación.

Pasa a la página 69.

T

E parece que flotas sobre una enorme nube verde. Verde arriba y abajo, arriba y abajo. Pero no puedes respirar. ¡Despierta! Despierta o te ahogarás.

Abres los ojos y te escuecen por la sal. Sorprendido, intentas gritar, pero la boca se te llena de agua salada.

Estás en medio del mar, pero alguien te ha pasado un brazo alrededor del pecho. Toses y echas un poco del agua que habías tragado, mientras te esfuerzas por recordar qué ha pasado. Entonces te acuerdas de que tu barco fue torpedeado.

—Mantén la boca cerrada —dice tu salvador—. Y no tragues agua salada porque sólo te dará más sed.

Cuando tus ojos se aclaran puedes ver, a cierta distancia, al viejo *Minnewaska* mientras se hunde, rodeado por un montón de botes salvavidas. Pero, ¿cómo saliste de allí? ¿Quién te rescató? Tu salvador suelta su abrazo y te gira hacia él. Es Ellison-Jones.

—¿Estás bien ahora? ¿Puedes nadar?

—Creo que sí —respondes—. ¿Iremos hasta los botes?

Ellison-Jones hace un gesto de negación.

—Están demasiado lejos. Allí hay una cubierta de escotilla. ¿Puedes nadar hasta ella?

Todavía mareado, chapoteas hasta el gran bloque de madera, y Ellison-Jones te ayuda a subir en él.

—Usa tu cinturón y átate —te indica.

Cuando terminas de hacerlo, tu compañero se sumerge otra vez en busca de algo útil entre los



escombros flotantes. Vuelve con un palo corto de madera, un poco de cuerda, una lona para cubrir botes y un tonel de madera con agua potable.

—Creo que deberíamos tratar de improvisar una vela —dice, mientras sube cada elemento a la balsa.

Te parece que será un trabajo extenuante.

—¿No sería mejor intentar unirnos a los botes salvavidas? —preguntas—. Quizá pronto venga un barco a rescatarnos.

—¡Ya está aquí! ¡Mira!

Ves cómo un submarino emerge a la superficie cerca del lugar del naufragio. Se abren las escotillas en la cubierta y unos marineros aparecen por ellas.

—Vienen a rescatarnos! —dices entusiasmado.

—No, no es así —replica tu compañero con voz sombría—. Observa.

Perplejo, ves que los marineros sacan ametralladoras y las instalan en cubierta. Entonces comienzan a disparar sobre los supervivientes que están en los botes. No puedes soportar la vista de la masacre y te vuelves para apartar la imagen de la muerte.

—No te culpo —dice suavemente Ellison-Jones—. Es una guerra sangrienta.

—Esto no es una guerra —murmuras—. Es una carnicería.

—Toda guerra es una carnicería —responde con ferocidad el periodista—, no lo olvides. Bien, la niebla nos está ocultando.

Las ametralladoras ya se han callado y, por fortuna, habéis viajado a la deriva hasta lo más denso de la neblina. Estáis a salvo, al menos por ahora.

—Ya podemos empezar a hacer la vela —dice Ellison-Jones.

Improvisa un mástil con el palo de madera y te da una navaja para que puedas recortar la vela a la medida apropiada.

Cuando acabáis de concluir la tarea, la niebla se ha disipado casi por completo y divisáis una isla cercana. Poco después, cabalgando sobre las olas, os aproximáis a una playa de arena gris.

—Esto es tener suerte —comenta tu compañero—. Tú ve por la izquierda y yo iré por el otro lado. Esto debe de ser Mallorca o alguna otra de las islas Baleares. Los españoles son amigos, de modo que cualquiera de nosotros que encuentre ayuda podrá enviar a buscar al otro.

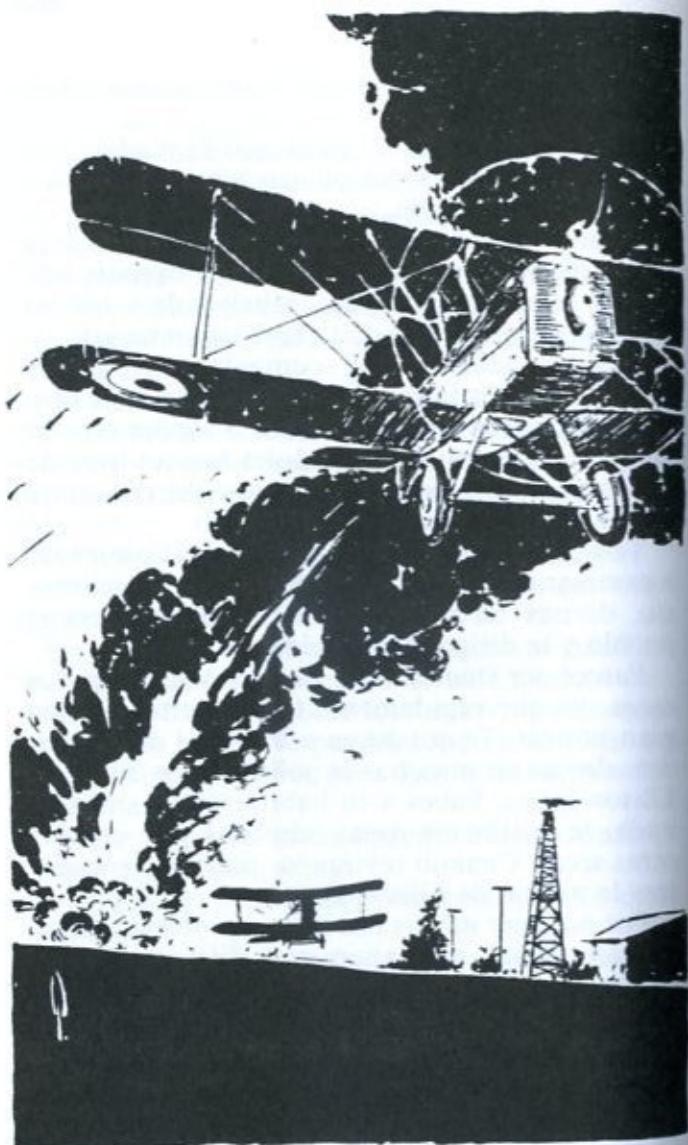
Te sientes profundamente aliviado. Comienzas a caminar por la playa y, tras pasar un promontorio, divisas un pequeño puerto. Bajas hasta el pueblo y te diriges a la oficina de policía.

Parece ser que en este pueblo ocurren pocas cosas, ya que rápidamente te conviertes en una gran noticia. Te conducen a un hotel donde podrás descansar mientras la policía va en busca de Ellison-Jones. Subes a tu habitación y, antes de nada, te quitas tus ropas húmedas y te colocas otras secas. Cuando revisas los bolsillos, encuentras la navaja de Ellison-Jones.

Por no tener navaja has tenido problemas en el *London Times*, pero ahora será diferente. Saltas en el tiempo.



Pasa a la página 52.



○ YES el agudo silbido de un proyectil al caer. Te arrojas al suelo un instante antes de que la explosión sacuda la tierra. Entonces compruebas que hay un campo de aviación a menos de cien metros. Sólo hay dos aeroplanos en la pista de aterrizaje y, por lo que ves, uno de ellos deja la pista y va tomando altura. Una nueva explosión abre el suelo cerca de donde se encontraba el aeroplano un momento antes.

Bueno, has encontrado un campo de aviación... ¡pero lo están atacando! Un proyectil impacta en un tanque de combustible y enciende una bola de fuego que crece en el aire. Unos camiones con hombres y suministros salen hacia la carretera. Están abandonando la base aérea al enemigo. En esos momentos, el otro aeroplano levanta vuelo, justo cuando dos proyectiles abren sendos cráteres en la pista de aterrizaje detrás de él.

Sería mejor que te marcharas de aquí antes de que caiga la próxima bomba. Un proyectil cae a cincuenta metros de donde estás con un fuerte estruendo. El siguiente puede venir directo a ti. ¡Salta en el tiempo!



Pasa a la página 30.



SOPLA una fuerte brisa, salada por la proximidad del océano. Es una tarde gris y hace frío. Estás escalando una duna cubierta de hierba. Delante de ti ves un edificio blanco con una luz de navegación en su parte posterior. En un cartel puede leerse: «Servicio de Guardavidas de los Estados Unidos, Kitty Hawk, Carolina del Norte». Cuando llegas a lo alto de la duna, tropiezas con un hombre que viste uniforme azul.

—¿Vienes a ver la bicicleta voladora? —te pregunta.

—¿La qué...?

—La máquina voladora de los Wright —aclara—. El aeroplano.

Respondes que sí y te indica cómo llegar a donde tiene lugar la exhibición.

Un grupo numeroso es testigo del vuelo histórico. Bajas por el otro lado de la duna para poder mirar desde más cerca.

Dos hombres están verificando el pequeño aeroplano. No tiene asiento ni ruedas; sólo un patín para recorrer la larga pista. ¡Pero tiene un motor! Por fin los hombres se reúnen en la parte delantera y uno de ellos saca una moneda del bolsillo.

—Cara o cruz —oyes decir.

Su compañero contesta algo que se pierde en el

viento, y enseguida la moneda está en el aire. El primer hombre la coge, la mira y sonríe.

—¿Qué están haciendo? —susurras al hombre de uniforme que ha venido detrás de ti.

—Están decidiendo quién será el primer hombre en volar —te explica.

Observas cómo uno de los hombres trepa a bordo del aeroplano mientras el otro ocupa su lugar junto a las hélices del motor.

—Son fabricantes de bicicletas —continúa explicando el hombre de uniforme—, Orville y Wilbur Wright. Por eso a su invento lo llamamos «bicicleta voladora».

—Usted no cree que eso funcionará, ¿verdad? —dices.

—Oh, funcionará. Pero ¿qué hay de bueno en eso? Es demasiado pequeño para llevar algo. Es sólo un juguete.

El motor ha arrancado y el aeroplano comienza a tomar velocidad. La gente da un paso atrás. Alguien quita el bloque que traba el patín y el aeroplano baja la rampa cada vez más rápido, perseguido por un escuadrón de niños y perros. De pronto empieza a tambalearse y retienes la respiración.

Entonces, de repente, el aeroplano levanta vuelo. El torpe y frágil artefacto se ha transformado en un grácil pájaro que se eleva lentamente de la arena. Te alegras de ver que la gente lo vitorea mientras el aparato planea sobre las dunas y acaba por descender con un suave aterrizaje.

—¡Maravilloso! —dice un hombre cerca de ti—. Pero no es más que un juguete. Nunca llevará nada.

Te gustaría poder demostrarle a ese hombre

cuán equivocado está, pero sabes que eso no es posible.

Bien, has visto cómo comenzaron los aeroplanos pero, para entender a Von Richthofen, deberías aprender algo más acerca de los aeroplanos que él pilotó.

 Saltas a una fábrica de aeroplanos en Alemania.
Pasa a la página 91.»



T

E encuentras en una tranquila ciudad cercana a una cadena de altas montañas. Un cartel te indica que estás en Zurich, Suiza. Y reconoces a dos hombres que en esos momentos salen de un hotel que está al otro lado de la calle.

—¡Cielo santo! ¡Es nuestro cazador de fotografías! —dice Morrow—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Explicas que has estado ocupado en reunir información sobre Von Richthofen.

—Conseguí encontrarme con él —cuentas excitado. Pero tus palabras no parecen entusiasmar al imperturbable Morrow.

—Espléndido —comenta—. Quizás escribamos un artículo sobre él más adelante, pero ahora debemos realizar una entrevista, y deprisa. Dickinsen ha estado ocupadísimo con esto y creo que le vendría muy bien tu ayuda.

Dickinsen sonríe con timidez y te cuenta que el hombre a quien Morrow quiere entrevistar es Vladimir Ulanov, conocido en el mundo como Lenin y ahora exiliado en Suiza. Morrow ya está a mitad de camino, cruzando la plaza, y casi tenéis que correr para seguirlo. Poco después llegáis al café donde espera Lenin.

Éste viste un traje muy usado pero limpio y lleva un gorro de tela. Es un hombre tranquilo, encantador y apasionado. Habla con increíble entusiasmo del nuevo orden del mundo que él quiere ayudar a instaurar. Es la primera vez que puedes ver a Morrow realmente en acción, y te agrada observar con qué habilidad formula las

preguntas para conseguir un buen artículo. De pronto Lenin interrumpe el interrogatorio sin previo aviso.

—Regresaré muy pronto a Rusia. ¿Quieres acompañarme e informar luego la verdad de lo que allí sucede? El mundo necesita conocer la verdad.

—Por desgracia, eso podría significar la pérdida de mi trabajo —se lamenta Morrow— o quizás algo peor: de mi vida. Viajar a Rusia desde aquí implica atravesar los territorios de las potencias centrales, y mis artículos no son, precisamente, muy populares allí. Con mucho pesar tendré que declinar el ofrecimiento —añade—, aunque, si mi joven ayudante desea ir, no pondré objeciones.

¡De pronto comprendes que se refiere a ti! Lenin te mira y sonríe.

—Bien, ¿te gustaría ir? Sería bajo nuestra protección, al menos hasta donde podamos hacerlo, y te aseguro que tendrás un buen artículo.

Un buen artículo... ¡es un modo demasiado modesto de decirlo!

¡Si vas con Lenin conseguirás ver nada menos que la Revolución Rusa! Pero no es eso lo que has venido a buscar. Von Richthofen está en Francia, no en Rusia.



Vas a Rusia con Lenin.
Pasa a la página 118.



Vuelves a Francia.
Pasa a la página 103.



ENCANTADO —respon-
des, decidido a ir en el vuelo de observación para
sacar fotografías.

—¡Estupendo! —dice Dickinsen—. Ahora mismo
te presentaré al teniente Tyson. Él pilotará tu ae-
roplano.

Dickinsen te conduce hasta una tienda donde
encuentras a Tyson, un hombre joven y agra-
dable. Está afeitándose frente a un espejo colgado
de un palo de la tienda. Piensas que, en realidad,
no tiene mucho que afeitarse. Apenas es mayor
que Dickinsen, que no tiene más de dieciocho
años.

—¿Es tu primer vuelo? —te pregunta Tyson con
amabilidad.

—Sí, así es —responde.

—También lo es el mío —dice.

Por un momento sientes auténtico pánico,
pero enseguida te das cuenta de que está bro-
meando. Luego te pregunta si tienes tu cámara y
se la muestras.

—Bien, vamos —dice—. Utilizaremos el Harry
Tate.

Os encamináis hasta donde está la flota y allí
Tyson trepa a bordo de un biplano de dos asien-
tos, algo deteriorado, que presumes que será el
Harry Tate. Entonces ves la designación debajo

de la cabina: «RE-8». Al parecer, el nombre obe-
dece a una especie de rima: «Re-eight-Harry
Tate». Tyson te ayuda a subir a la cabina de
atrás, y te sientes aliviado al comprobar que no
hay ninguna ametralladora.

—Conseguí colocar dos armas en el frente —ex-
plica Tyson—. Por lo tanto, yo haré todo el tra-
bajo. Tú tienes que ocuparte únicamente de tomar
fotografías.

Después de unos terroríficos botes a lo largo
del camino de despegue y de una estimulante
ascensión, te encuentras volando sobre el frente
de combate. Puedes ver las trincheras, zigza-
gueantes como enormes cicatrices a través de la
campiña francesa.

De pronto Tyson te toca el hombro y grita:

—Vamos a subir para ver las trincheras de Jerry
y conseguir unas buenas fotos.

De pronto el avión se ladea y, sin más aviso,
comienza a descender violentamente en picado.
Sientes el estómago revuelto.

—¡Divertido, eh? —grita Tyson por encima del
silbido del viento.

—Sí, muy divertido —responde sin mucho en-
thusiasmo, en un intento por sobreponerte a la
sensación de vértigo.

Entonces, tan de golpe como empezó, la caída
en picado finaliza y te encuentras volando a muy
baja altura sobre las líneas alemanas.

—Estamos a 150 metros de altura —dice
Tyson—. ¡Ya puedes hacer tu trabajo!

Te inclinas sobre un lado y comienzas a sacar
fotos. Mientras lo haces, observas pequeños pun-
tos de luz que vienen desde las trincheras alema-
nas. Te lleva un rato darte cuenta de que son los

fogonazos de las bocas de las armas. ¡Hay gente allí abajo que te está disparando!

Pero Tyson acelera y el aeroplano empieza a cobrar altura. Cuando por fin alcanza una distancia más segura, reduce la velocidad y se vuelve hacia ti.

—¿Has hecho algunas fotos?

—Cuatro o cinco, creo —responde.

—Muy bien. Volvamos a casa, entonces.

Estás de acuerdo. Te quedan pocas fotos en el carrete, y prefieres reservarlas. De improviso, con un ruido seco, la tela del aeroplano se abre ante tus ojos. ¡Agujeros de balas! Te zambulles en tu asiento en el preciso instante en que un caza Fokker triplano pasa como un relámpago y desaparece a toda velocidad. Entonces adviertes que Tyson está inclinado hacia adelante... ¡con un agujero en la espalda!

Aterrador, comprendes que no puedes alcanzar los controles del aparato... ¡y que no hay paracaídas! Por unos momentos, el aeroplano parece volar en línea recta, manteniendo su nivel, pero pronto el motor comienza a toser, crepitar y lanzar humo. Quizá sea el instante de saltar.

Un Fokker rojo aparece en tu campo de visión, a un costado del aparato. El piloto te examina con detenimiento y se quita las anteojeras. Asombrado, adviertes que se trata de Hans Bischoff.

Él parece tan sorprendido como tú. Te hace un gesto de saludo, inclina su aeroplano y desciende en picado. Decides que ya es demasiado para ti: es tiempo de salir de aquí. Te pones de pie y te preparas para saltar, cuando de pronto el aeroplano empieza a sacudirse y perder altura. Las sacudidas te hacen perder pie y te golpeas la



cabeza con el borde de la cabina. Por un segundo todo se pone negro. Luego la cabeza se te aclara, aunque te sientes mareado. No sabes si podrás saltar ahora. Por otra parte, el aeroplano parece estar planeando y tal vez sea posible hacerlo aterrizar.



Tratas de saltar en el tiempo.
Pasa a la página 103.



Permaneces en el aeroplano
y lo conduces en el aterrizaje.
Pasa a la página 107. •



U

N farolero va prendiendo las lámparas de gas de una calle adoquinada. Esperas hasta que haya pasado y empiezas a caminar calle abajo, en la dirección opuesta. No estás seguro de dónde estás, pero adviertes algunos signos propios de Alemania. Anochece y hay muy poco tránsito. Es obvio que no es un sábado por la noche. Oyes voces y te ocultas en la entrada de una casa para no ser visto. Son unos adolescentes que vienen por la acera.

—Seré alpinista cuando sea mayor —dice uno de los muchachos.

La chica que está a su lado ríe.

—Eso no es nada —comenta—. Yo seré exploradora en Camerún.

—Yo seré oficial naval —dice el tercero. Luego se dirige al que aún no ha hablado—. ¿Y tú, Manfred?

—Manfred? Éste debe de ser Von Richthofen cuando era niño. Manfred mira a su amigo pero no le contesta. Los muchachos pasan frente a ti y, después de unos instantes, los sigues en silencio. Si éste es en verdad Von Richthofen, debes averiguar algo de su carácter. ¿Qué clase de muchacho era quien llegó a ser un temerario as del aire? De repente Manfred se da vuelta y señala en tu dirección.

-Tú -dice-, préstame tu bufanda.

-¿Yo? -preguntas sorprendido.

-Por supuesto -contesta riendo-. No puedo pedírselo a mis amigos porque ellos creen que estoy loco.

Le entregas tu bufanda.

-Voy a atarla allí -dice, y señala hacia arriba.

Comprendes que se refiere al pararrayos de la iglesia. Manfred corre hacia allí y da un salto para alcanzar el tubo de desagüe. Pero éste está demasiado inclinado y no logra llegar a él.

-Ayúdame -te pide.

Le das apoyo y lo ayudas a iniciar la escalada. Él comienza a trepar por la tubería y sigue escalando hasta el tejado, cada vez más alto, hasta alcanzar la base del pararrayos. Los otros chicos están ahora en silencio. Es evidente que no esperaban este tipo de acrobacia.

Pero Manfred ha visto las decoraciones de madera de las esquinas del tejado y va hacia ellas con la agilidad de una cabra de montaña. Con gesto triunfal, ata la bufanda en la parte alta de la barra del pararrayos, y ésta empieza a flamear como una bandera.

-Está loco -susurra una de las chicas.

-No, no lo está -murmuras.

La chica te mira pero no dice nada. Manfred desciende.

-Disculpa por tu bufanda -dice, jadeando feliz, mientras los chicos se acercan a palmearlo y felicitarlo.

-¿Cómo te llamas? -te pregunta.

Le dices tu nombre.

-Lo recordaré -asegura él- y quizá pueda pagarte el favor algún día.



Los chicos comienzan a alejarse.

-¡Espera! -gritas. Manfred se detiene y te mira-. ¿Cómo te llamas?

-Manfred von Richthofen -responde-. Recuérdalo. Seré un famoso jinete.

«De modo que así es como Von Richthofen acabó en la caballería», piensas. Pero sólo cuando voló llegó a ser el Barón Rojo. Es importante ser temerario, pero se necesita algo más que coraje para ser piloto de aeroplanos. Es también un trabajo que requiere conocimientos técnicos, unos conocimientos de los que nada sabes. Tal vez deberías tomar algunas lecciones para aprender algo al respecto.



A posada es un edificio de madera, de tres pisos, construido en el límite mismo de la ciudad. Hueles los ricos aromas que provienen de la cocina y oyes el sonido de un canto. Te acercas a la puerta y miras dentro.

Hay cuatro o cinco oficiales de pie junto a un piano vertical. Uno de ellos entona un tema sentimental acompañado por los otros. Dos robustos civiles, en una mesa del rincón, comen un gran plato de carne guisada, y en la barra hay una cola de trabajadores de la fábrica. En ese momento, el encargado de la posada te ve, frunce el entrecejo y sale de atrás de la barra.

-¿Qué quieres? -te pregunta con los ojos empequeñecidos por el recelo.

No esperabas este tipo de recepción.

-De... deseaba cenar... y tomar una habitación -tartamudeas.

Es evidente que no le causas buena impresión al posadero.

-No te he visto por aquí antes -dice-. ¿De dónde vienes? Eres demasiado joven para ser un soldado, e incluso para ser un trabajador.

Estás exhausto. No has dormido bien una sola noche completa desde que estuviste en el tren



Pasa a la página 70. 

con Morrow y Dickinsen. Pero el posadero no disminuye su beligerancia.

—No puedes responder, ¿verdad? —dice mientras avanza hacia ti y te hace retroceder hasta quedar contra la pared—. Entonces, será mejor que me acompañes.

Te das cuenta de que, repentinamente, en la posada todo se ha silenciado. Los soldados han dejado de cantar y los otros clientes te están observando con curiosidad. Entonces se oye hablar a uno de los soldados.

—Posadero, déjelo. Conozco a este muchacho.

Miras con sorpresa y ves que Hans Bischoff viene hacia ti. El posadero mira fijamente a Bischoff y de inmediato comienza a disculparse.

—Oh, señor. Si hubiera sabido que era un amigo de usted...

Bischoff es cortante.

—Sí, es un amigo mío —dice agrio—. Y mi amigo necesita comida y una habitación. Ahora.

Atemorizado por el enfado del oficial, el posadero se retira a la cocina.

—¡Qué hombre desagradable! —resopla Bischoff. Luego sus modales se suavizan—. Ven conmigo. Te daremos algo de comer y luego te sentirás mejor.

En la sobremesa charlás de aeroplanos y de Von Richthofen, que es el comandante del «Circo aéreo», la unidad de Bischoff.

—¿El Circo aéreo? —preguntas.

—Oh, sí —dice Bischoff—, un sobrenombramiento. Significa que somos temerarios. No sé quién empezó a llamarnos así, pero no fue Von Richthofen, por cierto.

—Parece ser un hombre notable...

—Ya lo creo —asiente Bischoff—. ¿Sabes que está terminando un libro? Se titula «El Barón Rojo».

—Tendrá mucho éxito en Alemania —dices, y Bischoff ríe.

—Tendrá éxito en Alemania y en Inglaterra. Dos compañías editoras pelean ya por comprar los derechos de publicación. El comandante es casi tan popular allí como aquí.

Esto te parece extraño. Después de todo, Von Richthofen se dedica a derribar aeroplanos y pilotos británicos.

—Sí, lo es, pero ¿por qué? —preguntas.

Bischoff se encoge de hombros.

—Lo ven como a un caballero del aire, el último héroe de verdad. Después de nosotros, la guerra será nada más que una matanza. Ya no habrá honor.

Entonces Bischoff comenta que está impresionado de verte en Alemania.

—Vosotros, los periodistas, sí que os movéis.

Aprovechas para explicarle cuál es tu problema: aprender, de primera mano, todo acerca de las naves aéreas.

—Me sorprende todo el misterio que las envuelves —dices.

—Oh, sí —replica él. Entonces su voz pasa a ser un susurro—. No queremos que vosotros, los británicos, sepáis lo que estamos desarrollando. Pero no te preocunes. No hay nada secreto en el viejo E-3. Yo me entreno con él, y nadie se opondrá a que lo veas. Por la mañana bajaremos a la planta.

Y a la mañana siguiente, después de una buena noche de descanso y de un tonificante desayuno, os dirigís a la planta. Con Bischoff como acompaña-

ñante, no tienes ningún problema para entrar y pronto el joven teniente te muestra la sección de ensamblado. Luego os dirigís hacia donde está guardado el E-3. El aeroplano, de alas simples y cabina abierta, parece extremadamente frágil, pero Bischoff te asegura que es muy resistente.

—Con un motor de 100 caballos, puede ir a 140 km/h a una altura máxima de 3.600 metros. Esto no es muy veloz ahora, pero hace dos años lo era.

—¿Cambian tan rápido los diseños de las naves aéreas? —preguntas.

—Así es. Los aeroplanos más nuevos vuelan más deprisa y más alto, y son más maniobrables.

—Acaricia el motor del viejo caza—. Supongo que siempre seguirá siendo así. Pero con éste ya no vuelo en combate. Mira allí.

Miras donde te ha señalado y, a través de la puerta, puedes ver un elegante aeroplano de triple ala, pintado en rojo brillante y con llamativas cruces negras en los costados. Varios operarios están instalando la artillería.

—Aquél es un DR-1. Es lo que utilizamos en el «circo aéreo», pero no te lo puedo mostrar. Ahora ven conmigo, mi pequeño espía británico —dice en tono de broma—, antes de que tengamos algún problema.

Has conseguido conocer el E-3 de Bischoff y ver el tipo de aeroplano en el cual Manfred von Richthofen encontrará la muerte: el DR-1. No hay más que aprender aquí.

En la puerta agradeces a Hans Bischoff y vuelves por la carretera rumbo al bosque. Te preguntas ahora cómo era el comportamiento de los hombres que combatían con Von Richthofen.



¿Eran los británicos tan cuidadosos como los alemanes en las cuestiones de honor? ¿Combatían cuando advertían que sus aeroplanos eran superiores, o sólo lo hacían en igualdad de condiciones? Sólo hay una forma de averiguarlo: mantener una charla con los pilotos británicos.



Saltas a una fábrica de aeroplanos.
Pasa a la página 101.



Saltas a un campo aéreo británico.
Pasa a la página 93. *



Saltas a una división en el frente británico.
Pasa a la página 99.



VERDE. Todo lo que

ves es verde.

Estás rodeado de verde. En efecto, estás hundido en la maleza. Parece como si hubieras cometido un leve error de cálculo. Te abres camino entre los arbustos y descubres un camino pavimentado y de mucho tránsito y, no muy lejos camino abajo, lo que da la impresión de ser un complejo industrial que ocupa muchas hectáreas. Hay un continuo movimiento de camiones, coches y hombres que entran y salen. En la otra dirección parece haber sólo una posada, de modo que te encaminas hacia la fábrica.

«Aeroplanos FOKKER»: el gran cartel en la entrada está en alemán. Esto es lo que has venido a ver, pero ¿cómo lograrás entrar? Hay hombres armados en las puertas y centinelas con perros patrullando las cercas, y un montón de focos encendidos alrededor de los edificios.

Te acercas lo suficiente a la puerta principal para ver que los trabajadores que entran en la planta tienen que mostrar sus credenciales, pero también adviertes que, cuando llega un grupo de oficiales alemanes, los centinelas simplemente los saludan mientras éstos atraviesan la puerta. A todo lo largo de las cercas han puesto carteles

con la prohibición de observar, sacar fotografías o entrar sin permiso.

¿Cómo vas a aprender algo de los aeroplanos si no consigues siquiera entrar para verlos? Pero entrar puede ser muy peligroso. La corriente de gente que entraba y salía casi se ha detenido, y los centinelas, sin trabajadores que verificar, pronto notarán tu presencia. Esto podría traerte dificultades. Está oscureciendo y recuerdas la posada que hay volviendo atrás por el camino. Quizá te convenga ir hasta allí, pasar la noche en la posada y tratar de entrar en la fábrica por la mañana.



Te encaminas hacia la posada.
Pasa a la página 85.»



T

E encuentras en medio de una escena estrañamente hermosa. Es un hermoso día y estás en una carretera que atraviesa verdes campos. La perfección de la escena, sin embargo, se rompe por el estado de la carretera. Está deteriorada y cubierta de barro, con restos de equipamientos diseminados por todas partes. En la acequia hay un camión volcado y bastante destruido. Ves que se acerca otro camión y le haces señas para que se detenga. El vehículo está lleno de soldados británicos que retornan al frente luego de haber gozado de un permiso. Les preguntas si puedes viajar con ellos y no tienen inconveniente en llevarte. Una hora más tarde te dejan en un campo de aviación lleno de barro. Estás rodeado por hangares provisionales, tiendas, camiones y trincheras, y algunas pequeñas armas antiaéreas. Frente a los hangares, hay una flotilla de cazas alineados. Están pintados de marrón, con un punto rojo en el centro de un círculo blanco rodeado por otro círculo azul: la insignia británica. Junto a ellos hay dos aeroplanos de observación, algo viejos ya. Un cartel identifica al grupo como «Escuadrón N.º 209, Bertangles, Francia».

Preguntas por la tienda que hace las veces de sede central, y un soldado te indica cuál es. El

centinela que está de guardia te conduce ante el oficial del escuadrón, un mayor enjuto y de aspecto severo llamado North.

—¿Periodista, eh? —dice North cuando te presentas—. No me gustan los reporteros y, si fuera por mí, tendrías que abandonar el campo de inmediato. Pero el coronel opina distinto, y tengo que obedecerlo.

Empiezas a agradecerle que permita tu visita, pero North te interrumpe con un gesto de impaciencia.

—Muy bien. Mira lo que quieras, habla con quien quieras, pero manténtete fuera de mi vista. Y no olvides que, antes de irte, la oficina de censura tiene que revisar tu reportaje. Ahora, fuera de mi oficina.

El centinela te escolta hasta la salida y te indica dónde está el campo de aviación.

—No hagas caso de las palabras del mayor North. Es de los que piensan que deberían estar dirigiendo la guerra, ¿entiendes?

La amplia sonrisa de este hombre es contagiosa.

—Me temo que no piensas como él —dices.

El centinela lanza una carcajada.

—Digamos que creo que tanto el mayor como yo estamos bien donde estamos. Ahora disfruta de tu visita.

Te encaminas hacia los aeroplanos y observas que uno se apresta a despegar. Unas pocas personas escudriñan el cielo para descubrir la posible presencia de aparatos alemanes. El cocinero está preparando el té de la tarde, y algunos mecánicos cubiertos de grasa cambian el motor de un caza.

Un capitán de aspecto demacrado lee un libro tumbado en una silla. Da la impresión de que el pobre hombre tendría que haberse marchado hace tiempo de baja por enfermedad.

—Hola —lo saludas.

—Oh, hola —responde él, y levanta los ojos del libro. Luego alza éste—. Victor Hugo —explica—. Trato de entender un poco más de Francia de lo que he podido ver hasta ahora.

Te presentas y enseguida sufres una conmoción cuando el capitán te dice que su nombre es Roy Brown. ¿Podrá ser el mismo Brown que Bischoff nombró en la feria, aquel que derribó a Von Richthofen? Pero esto no puede haber sucedido todavía: el centinela lo habría comentado. Decides hacer hablar a Brown y le preguntas por su salud. Él se muestra optimista acerca de su condición física.

—He estado enfermo —comenta—, pero aquí no tenemos suficientes médicos: son más necesarios en las trincheras. Tampoco es tan fácil volver a casa para estar bien cuidado. Pero soy un soldado, y el deber de un soldado es simplemente ser un buen soldado.

Se incorpora en su silla y te muestra cuál es su aeroplano.

—Es un Sopwith Camel —te explica—. Llega a los 230 km/h con un techo de 600 metros. No es demasiado, pero es muy maniobrable y bueno en los picados. Es el mejor avión que poseemos. Lo único que tenemos que hacer es cuidarnos de los triplanos alemanes.

Sacude la cabeza y sonríe.

—Bien. Nadie nos dijo que iba a ser fácil —dice—. Pero hemos conseguido once victorias.

No está nada mal, ¿no te parece? —Hace una pausa para restregarse los ojos y secarse el sudor de la frente—. Me encanta la charla, pero tengo que patrullar dentro de tres horas y es mejor que descansen antes.

Lo observas alejarse hacia su tienda y piensas si Douglas Campbell estaría en lo cierto al afirmar que Brown había derribado al Barón Rojo. ¡Éste podría ser el día del vuelo final de Von Richthofen! Despues de fotografiar el Sopwith Camel de Brown, te diriges a la tienda del servicio de inteligencia para conocer las maniobras que planifican para la tarde. Para tu gran sorpresa, te encuentras allí con el joven Dickinsen, ¡y uniformado!

Se emociona al verte.

—¡Me han reclutado! —exclama—. Entonces opté por el cuerpo de observación. No está mal. Me enseñaron cómo utilizar la cámara y, por lo general, no tengo que disparar a nadie. Sólo he tenido que luchar con una persona: conmigo mismo. —Ríe ladinamente—. Es una guerra tonta, ¿no te parece?

Luego frunce el entrecejo y continúa:

—Nos preguntábamos qué te había sucedido. Cuando desapareciste, pensamos que te habían matado.

Explicas al joven que te has demorado en el frente, y tu excusa parece bastarle al bueno de Dickinsen.

—Morrow cubre ahora el frente italiano en Caporetto —dice tu amigo—. Estoy seguro de que está bien: parece saber cuidarse muy bien. ¡Ah, pero ya sé lo que te gustará! Esta tarde tenemos que sacar fotografías en un vuelo de observación y



nuestro ayudante está en el hospital. Tú eres bueno con la cámara. ¿Por qué no ocupas su lugar?

Eso te permitiría volar, pero tu avión podría ser derribado y quizás podrías morir.



Vuelas en la misión.
Pasa a la página 76.



Prefieres permanecer en tierra.
Pasa a la página 110.



El estrépito de un obús te hace saltar por los aires. Te agazapas entre unos arbustos y permaneces allí. Oyes los obuses y sientes cómo el corazón te golpetea en el pecho. Cuando parece que los cañonazos han cesado, respiras profundamente y asomas la cabeza por encima de los matorrales para echar un vistazo a tu alrededor.

Estás en un campo de batalla pero, cosa extraña, no hay trincheras. Los soldados que ves están de pie, en posición de firmes, con los rifles apuntando hacia adelante y las bayonetas caladas. Visten chaquetas rojas y relucientes cintos blancos.

¿Chaquetas rojas? No recuerdas a nadie que vistiera así en la Primera Guerra Mundial. Sobre tu cabeza silban nuevas bombas y te agachas otra vez. Por encima del estruendo oyes una voz que ruge:

—¡Vamos! ¡He dicho formar en cuadro, no arremolinarse como ovejas!

Caminas despacio para no perder detalle. Para tu sorpresa, adviertes que hay soldados con chaquetas rojas ¡a lo largo de toda la colina! Distingues baterías de cañones entre las tropas y, delan-

te de ellas, unos escuadrones de caballería. Y allí, en lo alto de la colina, hay un pequeño grupo de oficiales con uniformes de brillantes colores.

Otra bala de cañón vuela sobre ti y cae cerca de los oficiales, pero ellos no parecen siquiera percatarse. Cerca de ti, los soldados murmuran entre sí. Oyes que uno dice:

—¡El buen viejo duque de Wellington! Las llanuras de Waterloo podrían estallar a sus pies y él permanecería firme. ¡No hay nada que lo asuste!

El hombre que había vociferado antes parece haberlo oído porque vuelve a rugir.

—¡Mantén la boca cerrada y los oídos abiertos, muchacho! ¡O el viejo Napoleón te servirá como desayuno!

—Napoleón? —Wellington? Debes de estar en la batalla de Waterloo. ¡Has saltado a una guerra equivocada!



Saltas al frente oeste durante la Primera Guerra Mundial. Pasa a la página 103.



E

L complejo de edificios está plenamente iluminado y es evidente que se trabaja a todo vapor aun por la noche. Te aproximas a la entrada y ves un gran cartel en el que está escrito: «A. V. ROE and CO. LTD.». —¿Será una fábrica de aeroplanos?

—Así es, muchacho —responde el guardia cuando le preguntas—. Pero no puedes entrar ahora. La oficina sólo está abierta durante el turno de día. Tendrás que regresar mañana.

Te resignas a tener que buscar un lugar donde dormir y a volver por la mañana, cuando de pronto interviene un joven.

—Es un cazador de fotos, John? Bien, le mostraré los alrededores. Ven conmigo —te dice.

El guardia te deja pasar. Parece muy impresionado por tu anfitrión, un joven alto y delgado que se presenta a sí mismo.

—Soy Tom Hubbard, oficial de prensa de A. V. Roe y primo del viejo. La mayor parte de la familia trabaja en este negocio: primos, tíos, hermanos... Yo no he podido ingresar en las fuerzas armadas. Tengo tuberculosis.

Frunces el entrecejo al darte cuenta de que, desde el punto de vista de la medicina, éstos son tiempos primitivos.

—Bueno, estoy acostumbrado a estas reacciones

—dice. Es obvio que ha interpretado equivocadamente tu expresión—. No te preocunes: no es contagiosa. Ahora echemos una mirada a la fábrica.

Se parece al área de ensamble de la fábrica Fokker de Alemania. La única diferencia notoria es que la mayoría de los trabajadores son mujeres. Además, los aeroplanos británicos parecen un poco más avanzados que los alemanes. Pero ¿tienen el mismo entrenamiento sus pilotos? Para averiguarlo tendrás que volver a Francia, donde están combatiendo. Le agradeces a Hubbard su atención y te marchas.



Saltas al frente de batalla.
Pasa a la página 99.



Te reencuentras con Morrow
y Dickinsen.
Pasa a la página 74.



E

ESTÁS cubierto de barro hasta los tobillos. En un primer momento piensas que es de noche, pero luego ves unos rayos de sol que atraviesan la oscuridad y adviertes que estás dentro de un profundo hoyo cavado al pie de un tronco.

Pero ¿dónde te encuentras? Te preguntas si habrá alguien cerca. Tus dudas no duran mucho tiempo, pues pronto oyes unas voces que se acercan.

—Ay, no te engañes, colega. La única forma en que podremos salir de aquí es con los pies por delante. Si los soldados de las trincheras no acaban con nosotros, lo harán los obuses.

—Sí, es tristemente cierto. ¡Ojalá pudiera estar de vuelta en Sidney junto a mi mujer y mis hijos, en lugar de estar aquí disparando a Archie! Johnny Turk fue malo, pero esto es mucho peor.

—Sidney? —Archie? Ésta debe de ser la tropa antiaérea australiana..., quizá la que, según Bischoff, había derribado a Von Richthofen.

El barro te llega ya a la espinilla, de modo que decides trepar y salir del pozo antes de que te hundas por completo. Una vez fuera, te presentas ante los soldados.

–¿Quién eres? –te pregunta un soldado grande.

te con una bocaza llena de dientes torcidos y los cabellos pelirrojos.

Nadie parece alarmado por tu presencia pues no han sacado sus armas. Con una sonrisa, les explicas que eres un fotógrafo del *London Times*. Tus palabras parecen obrar un milagro, pues de repente, todos comienzan a reír.

—¡Fotografías! ¿Puedes tomarme una para enviarle a mi madre? —pregunta un soldado fornido.

—¿Y a mí?

—¿Y qué hay conmigo?

—Les haré fotos a todos —responde—, si me muestran los alrededores.

Tomas fotografías de las tropas australianas posando junto a sus ametralladoras y a los cañones ligeros, instalados de forma provisional para disparar hacia arriba a los aeroplanos enemigos. Uno de los cañones ha sido montado en la parte trasera de un camión. Parece muy extraño.

—¿Esa cosa funciona realmente? —preguntas a los australianos.

—Bueno —dice el artillero a cargo—, no estamos del todo seguros. Cuando hay una incursión aérea nos metemos en el camión y los perseguimos, con la esperanza de que al menos se asusten. Te aseguro que, al menos a mí, me asusta.

De improviso, cañones y ametralladoras abren fuego a escasa distancia.

—¡Mira! —exclama uno de los artilleros—. Un combate entre un Fokker alemán triplano y nuestros Sopwith Camels.

Alzas la mirada y ves a un grupo de aeroplanos enzarzado en una espectacular batalla aérea.

Los artilleros corren hacia sus armas y comien-



zan a disparar. El camión antiaéreo arranca y va dando tumbos por el suelo desparejo tras los aeroplanos alemanes.

Ahora distingues a los cazas británicos y a los rojos triplanos Fokker alemanes. En la distancia, un aparato británico parece detenerse de pronto en medio del aire y luego cae en picado, dejando tras de sí una estela de humo, y acaba chocando con un terrible estruendo contra una baja colina. El piloto carecía de paracaídas.

Unos momentos después, un caza británico, probablemente un Sopwith Camel, pasa a baja altura y dispara a un Fokker distante. Éste da la vuelta y regresa en tu dirección, con un segundo caza en su persecución. Vienen perdiendo altura y por fin tocan tierra. Su velocidad es tan reducida que te permite distinguir el rostro del piloto del Fokker. ¡Es Von Richthofen!

Los artilleros australianos se contienen de disparar por temor a acertarle a alguno de los Camels, y los dos aeroplanos bajan una loma y desaparecen de la vista. Pero todavía no sabes si el Barón rojo será derribado en el día de hoy.

El cielo está de nuevo en calma. Los artilleros dejan sus armas y el camión retorna de su persecución. Te despides de los australianos y te diriges hacia el campo de aviación de donde venían los aeroplanos británicos.



Pasa a la página 93.



E

SUPERAS que Harry Tate siga planeando hacia tierra. No hay árboles a la vista y, al parecer, desciende de una manera segura. Las ruedas del aeroplano rebotan dos o tres veces en el suelo y, de pronto, una rueda se atasca en un bache lleno de barro y el aparato choca de plano en tierra. Un instante después te encuentras volando por el aire, y por fin aterrizas sobre tu espalda en una trinchera barrosa. Poco a poco te vas sintiendo mejor y piensas que, después de todo, has tenido bastante suerte: podrías haber caído sobre tu cara.

Vuelves hasta el Harry Tate y compruebas que el pobre Tyson está muerto. Con bastante dificultad, tiras de él hasta que logras sacarlo del aeroplano y lo colocas sobre la hierba. Luego recuperas la cámara de la cabina. Recordando lo que le viste hacer a Hans Bischoff, prendes fuego al aeroplano para evitar que el enemigo pueda aprovecharlo y te alejas del lugar de aterrizaje.

Cuando ya te acercas a la seguridad de una colina, oyes del otro lado el estruendo de los cañones antiaéreos. Alzas la vista y ves un triplano Fokker rojo que planea hacia ti. Avanza en un zigzagueo de uno a otro lado, tratando de deshacerse del Sopwith que va a su cola. No hay duda de que el piloto alemán es bueno. Disminuye

repentinamente la velocidad y el caza británico pasa de largo y sus disparos se pierden en el vacío. Mientras el Sopwith Camel se aleja, el triplano alemán se nivela, por el momento fuera de peligro, y se ladea para realizar un tranquilo retorno. Puedes ver con claridad al piloto ya que está volando a muy poca velocidad. ¡Es Von Richthofen!

De improviso, otro Camel se pone a su cola. ¡Es Roy Brown! Habrías reconocido su rostro demacrado en cualquier lugar.

Sus balas impactan en el caza rojo y ves que Von Richthofen se sacude hacia adelante. ¡Está herido! Se levanta ligeramente en su asiento y cae sobre los controles.

El triplano Fokker empieza a perder altura. Brown lo sigue y continúa disparando hasta que el Fokker toca tierra y da una vuelta sobre sí mismo. Brown se eleva otra vez y da una vuelta para volver a pasar sobre el Fokker. Al pasar por última vez, inclina un ala a modo de saludo.

Ahora lo sabes a ciencia cierta: fue Brown quien derribó a Von Richthofen. Pero aún debes hacer una cosa. Saltar sólo una media hora hacia atrás en el tiempo para conseguir tu fotografía.



Pasa a la página 123. ↗



D

ECIDES que los aero-
planos británicos parecen demasiado frágiles
para arriesgarte a volar en ellos, de modo que
rechazas el ofrecimiento de Dickisen. Pero, si el
capitán Brown está aquí, quiere decir que la línea
del frente donde Von Richthofen resultó derriba-
do debe de estar cerca.

—¿Cuál es el camino al frente? —preguntas.

Dickisen te señala hacia una cadena baja de
montañas.

—Son unos tres kilómetros por aquel camino.
Es fácil encontrarlo: no hay más que seguir el
barro.

Le agradeces y le deseas buena suerte; luego te
pones en marcha. Caminas con dificultad a causa
del suelo desparejo y barroso. Después de una
hora y media de caminata, llegas a una zona
cercada por alambre de espinas. Éste parece im-
posible de atravesar. Te detienes acobardado y
reflexionas sobre lo que puedes hacer. Entonces
lo oyes: un sonido suave y sordo que sacude la
tierra bajo tus pies.

A tu alrededor no hay nada, salvo barro y
alambre de espinas. En esos momentos divisas a
un soldado. Está de pie sobre la cresta de una
colina, a cierta distancia de donde te hallas, y su
silueta se recorta contra el cielo. No parece tener

una actitud hostil, así que caminas hacia él. Entre
tanto, el ruido se vuelve cada vez más fuerte.

Cuando trepas la colina, él se vuelve en tu
dirección y advierte tu presencia. Es un oficial
británico que te observa con el entrecejo frun-
cido.

—¡Eh, tú! —te grita—. ¿Qué estás haciendo allí?

—¿Quién es, capitán? —se oye que dice una voz
a sus espaldas.

El capitán, que había empezado a descender
hacia ti, se detiene.

—En realidad no lo sé, señor —responde, a la vez
que desenfunda su revólver.

Como temes que te dispare, levantas tu cámara
y gritas:

—Soy del *London Times*.

—¿De dónde dices que eres?

Entonces varios hombres aparecen en la colina,
detrás del capitán. Uno de ellos, un caballero
robusto que viste ropas de civil, parece estar al
cargo. Le dice al capitán que guarde su arma y te
hace señas de que te acerques.

Cuando llegas a su lado, te mira con expresión
seria, pero hay un centelleo en sus ojos que pare-
ce decirte: «No te preocupes; no ha sido más que
un malentendido».

—De modo que eres del *London Times*... —dice.

—Así es —respondes, y le muestras tu cámara.

—Cualquiera puede comprar... o robar una cá-
mara. ¿Tienes alguna credencial?

—¿Una credencial? —repites desconcertado.

—Documentos!

Revisas tus bolsillos. No te dieron ninguna
credencial de periodista, pero encuentras un pa-
pel salvador: es la copia del recibo que le firmaste

al señor Reaves para certificar la entrega de una cámara y doce carretes de película. Se lo entregas al hombre, quien lo examina y se lo pasa al capitán.

—Parece que nuestro joven amigo no miente —dice—. Muy bien, amigo periodista, vendrás con nosotros. Pero no saques fotos, por favor.

Se vuelve y se dirige nuevamente hasta la cresta de la colina, seguido por los otros hombres. Vas tras ellos y pronto descubres un espectáculo sorprendente.

El aire retumba con el creciente rugir de los motores y sientes un penetrante olor a gasolina, pero lo que encuentras no es un campo de aviación como esperabas.

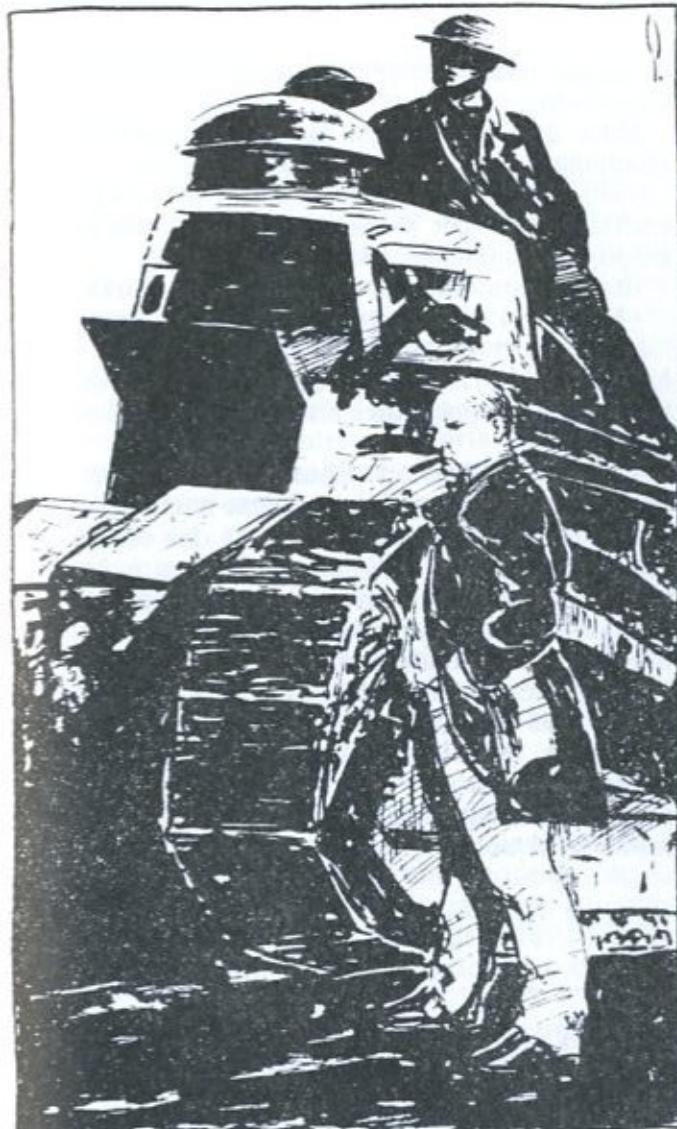
Diseminadas en el barro, hay veinticuatro máquinas enormes de metal, formadas en cuatro filas de seis. Tardas unos momentos en comprender qué son.

—¡Tanques! —exclamas.

—En efecto —dice el civil—. No hay nada secreto respecto a ellos, pero éste es un nuevo tipo, y los utilizaremos de una manera totalmente novedosa: en un ataque nocturno, apoyados por tropas y artillería. La llamamos «una operación combinada» y es una invención del capitán Liddell-Hart. El oficial que casi te dispara —añade.

El capitán asiente, y el hombre de civil mira hacia los tanques, donde los hombres efectúan los últimos preparativos.

—Por supuesto —continúa el hombre—, los tanques fueron mi proyecto. Tuve que luchar con muchas personas para conseguir que salieran de los tableros de dibujo. —Entonces, casi con tristeza, añade—: Cuando esta guerra haya terminado,



el tanque será quizá la única cosa por la que seré recordado.

Hace una pausa para sacar un cigarro de su chaqueta, lo enciende y da una chupada.

—Un mal hábito, fumar —dice—. Como la política. Algunas veces pienso que no debería haber caído en ninguno de los dos.

En ese momento un ayudante corre hacia él.

—Estamos listos para empezar, señor Churchill.

—Muy bien. Yo también lo estoy. —Se vuelve hacia ti—. Ahora, disfruta del espectáculo sin ponerte en el camino —dice antes de marchar cuesta abajo.

Churchill. Winston Churchill. Observas los tanques que comienzan a moverse hacia adelante y a maniobrar en escuadrones. Te das cuenta de que este hombre, que en este momento parece creer que su carrera está terminada, dirigirá a Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial y será recordado como uno de los más grandes hombres de Inglaterra. Pero ahora él no pude de ver más allá del barro de Francia.

Aunque, por el momento, tampoco tú puedes hacerlo. Tienes que salir de este campo de maniobras para encontrar a Von Richthofen. Debes saltar en el tiempo.



Pasa a la página 69.

U

NA sombra fantasmal te cubre de repente y te agachas por puro instinto, pero no hay nada especial. Estás de pie junto a una alta pared que se alza al costado de una franja de tierra. Más allá de ésta hay una calle bordeada por edificios deshabitados con las ventanas tapiadas.

Al parecer, el muro que está a tus espaldas pertenece a un cementerio. A corta distancia hay un mausoleo con el nombre «Rosenberg» sobre la puerta. Y un cartel en la cerca indica que, en efecto, es un cementerio militar alemán.

«¿Qué te ha traído aquí?», te preguntas mientras miras a tu alrededor. Los edificios que se divisan a la distancia parecen bastante modernos. Decides examinar las lápidas.

Muchas tienen la cruz de hierro —la medalla con que premian a los militares alemanes— incrustada en la piedra, aunque observas que en algunas tumbas hay signos de que fueron arrancadas. Delante de la mayoría de los nombres aparece la palabra «capitán», «teniente» o «mayor». Entonces descubres una modesta lápida que lleva el nombre de «Manfred von Richthofen» y las fechas de su corta vida: «1892-1918».

No era tu intención adelantarte tanto en el futuro.

—¡Quieto donde estás! —te aturde de pronto una voz amplificada.

¡Hay altavoces en las paredes! Miras a tu alrededor y descubres una torre de guardia, desde

donde un soldado te apunta con un arma automática muy moderna y mortífera.

—No te muevas —te ordena—. Una patrulla está en camino para traerte adentro. Quédate donde estás.

Entonces te das cuenta de que la alta pared está defendida con alambre de espinas y puntas aguzadas de metal. También notas que hay vallas electrificadas, y empiezas a sospechar dónde te encuentras.

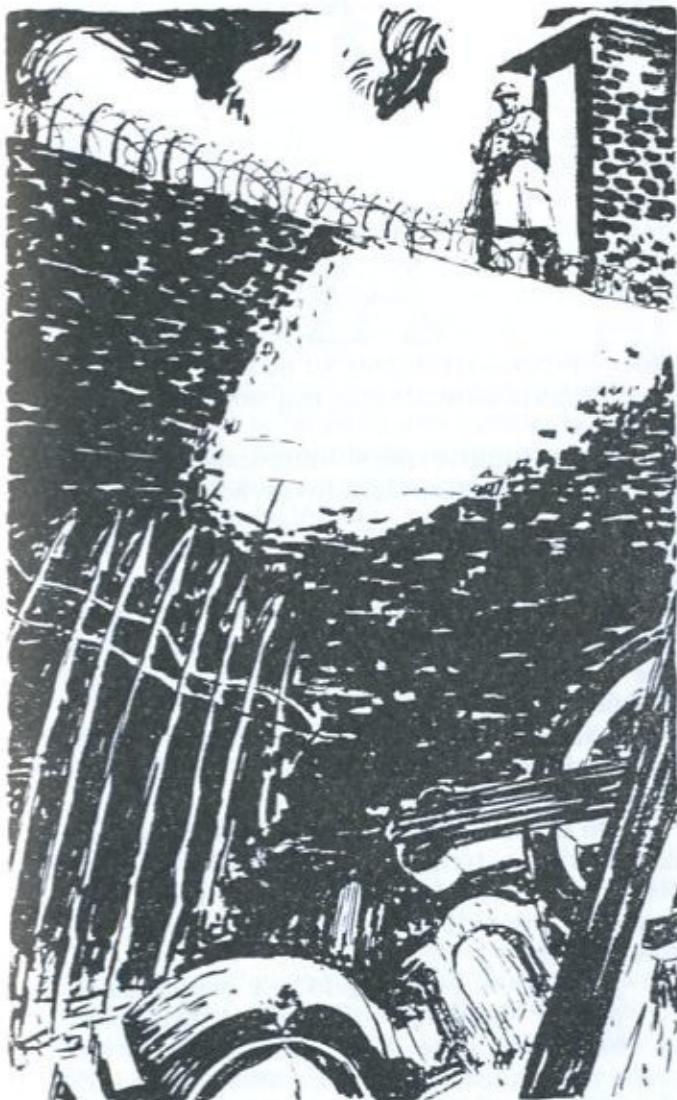
Observas otra vez el cartel de la cerca: «Cementerio de los inválidos — Berlín». Berlín... Es evidente que te has ido demasiado lejos en el futuro. ¡Estás ante el muro de Berlín! ¡Y estás en el lado este!

Das unos pasos alejándote de la torre, y el soldado abre fuego. Por fortuna, las balas rebotan en las lápidas. Si lograras llegar hasta el mausoleo...

Un chirrido te hace volverte. Dos camiones se han detenido en la calle y comienzan a descender los soldados.

Te agachas tanto como puedes y te lanzas a correr mientras las balas silban junto a ti. Por fin logras llegar al reparo del mausoleo, pero oyes a los soldados que se acercan a la carrera.

A menos que deseas convertirte en un «invitado» a largo plazo del gobierno de Alemania del Este, es conveniente que aproveches ahora que no te ven y saltes en el tiempo.



Pasa a la página 81.



AQUELLA noche, alguien golpea suavemente tu puerta. Es Lenin.

—¿Todavía deseas venir con nosotros? —te pregunta.

—Sí, por supuesto que sí —responde, intentando reprimir un bostezo para no demostrar lo cansado que te sientes.

—Entonces ven —te indica.

Sigues a Lenin y salís a la calle. Cruzáis la plaza rumbo a la estación de trenes donde su mujer y sus partidarios lo esperan. Hay varias personas que han acudido a despedirlo, pero no ves a ningún reportero.

—Se suponía que iba a ser un secreto —murmura Lenin en tono afable—. Oh... la política es un negocio público.

Todo el mundo se sube a un vagón acoplado a la cola de un tren de pasajeros. Pronto el tren comienza a moverse mientras la gente saluda desde el andén deseándoles suerte. Lenin no parece notarlo.

—¿Está usted preocupado? —le preguntas.

—¡Oh, sí! —responde—. Hacer una revolución es un asunto muy serio. Todos podríamos ser arrestados y fusilados —explica con una sonrisa—. Pero tú no corres peligro —te tranquiliza—. La prensa es neutral.

Ciertamente, esperas que así sea. Una hora más tarde, cuando el tren llega a la frontera alemana y tu vagón es desacoplado y enganchado a un tren alemán, te das cuenta de lo serio que es una revolución. Los guardias alemanes están apostados en el andén y todas las ventanas del tren están tapiadas. El jefe de la escolta alemana, amable pero firmemente, informa a Lenin que, si cualquier persona del grupo intenta comunicarse con un alemán durante el viaje, será fusilada.

—Por lo tanto, sellarán el tren —comenta divertido uno de los hombres de la comitiva de Lenin—. No quieren que contagiemos a los alemanes con nuestra revolución.

—Bien —dice Lenin—, no lo haremos. Al menos, no todavía.

—Si los alemanes le temen tanto, ¿por qué le permiten viajar a través de Alemania en su retorno a Rusia? —preguntas.

—Una buena pregunta —responde Lenin—. Se trata de una razón política. Los alemanes creen que, si nuestra revolución tiene éxito, Rusia abandonará la guerra. De ese modo, Alemania podrá concentrar sus fuerzas contra Francia y Gran Bretaña.

—¿Hará usted eso? ¿Sacará a Rusia de la guerra? —le preguntas.

—Por supuesto —asiente Lenin—. Ésta es una guerra capitalista, una guerra de hombres ricos. El pueblo ruso debe concentrarse en los problemas de su país y no morir por los aristócratas franceses e ingleses.

Te sientes algo confundido por sus palabras, de modo que guardas silencio y esperas para ver qué sucederá.

El tren se desplaza a través de Alemania y entra por fin en Rusia, donde otra vez el vagón es acoplado a otro tren, ahora ruso.

Después de muchas y cansadoras horas, llegáis a la estación Finlandia de Petrogrado, la ciudad más grande de Rusia. Allí los bolcheviques, miembros de la facción política de Lenin, están esperando para saludarlo. Lenin es llevado en un coche, con parte de su comitiva, y vitoreado por una multitud de trabajadores. Tratas de permanecer cerca de ellos, pero la muchedumbre te lo impide.

Miras alrededor, confundido. Te encuentras en la ciudad que un día será llamada Leningrado (la ciudad de Lenin) y no tienes idea de adónde dirigirte. Las calles, amplias y flanqueadas por imponentes edificios de piedra, parecen estar llenas de trabajadores furiosos, rebeldes con armas y escuadrones de carros blindados que las recorren disparando a todo lo que se mueve. Caminas durante algún tiempo hasta que comprendes que estás totalmente perdido.

Justo cuando estás pensando que te convendría saltar nuevamente a Inglaterra, oyes una voz que te llama.

-¡Eh, tú!

Un muchacho, muy abrigado para protegerse del frío, te hace señas desde el portal de una casa.

-Has llegado con Lenin -dice en un susurro cuando te acercas-. Te he seguido desde la estación del tren.

-Así es -respondes.

-Entonces ven. Sé dónde se hospeda.

Le agradeces su ayuda y lo sigues hasta un



enorme edificio de piedra. Notas que tanto la insignia como el nombre han sido arrancados de la piedra.

—Esto sucedió durante la primera sublevación —te explica el muchacho cuando le preguntas—. Hubo gran cantidad de disparos.

Empiezas a sentirte nervioso, pero vas tras él y lo sigues al interior del edificio.

El muchacho abre la puerta de una habitación y te empuja dentro gritando.

—¡Éste es uno!

Dos hombres te cogen al instante.

—¡Otro bolchevique traidor! —vocifera uno de ellos—. ¡Lo fusilaremos!

—Pe... pero soy periodista... —tartamudeas con desesperación.

—Eres muy joven para ser periodista —replica uno de los hombres.

Pero el otro lo interrumpe con un gesto.

—Quizá también es demasiado joven para ser fusilado —dice—. Consigámosle mejor una habitación en el hotel.

Al menos eso suena prometedor. Pero el hotel resulta ser una oscura y miserable celda en el sótano. Los dos hombres te encierran con llave y se marchan riendo.

Ya es suficiente con lo que has pasado en Rusia. No bien te dejan solo, saltas en el tiempo.



Pasa a la página 26.

E

STÁS de pie entre dos hangares. Al volverte, ves que se acerca una patrulla alemana. El sargento te apunta con el fusil.

—¡Tú, allí! ¡Alto! —ordena.

Los dos soldados que van con él se aproximan y te cogen por los brazos.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —dice el sargento. Entonces ve tu cámara—. ¡Ah, un espía! —exclama, y tiende una mano para cogerla.

Después de todo lo que has pasado, no puedes permitir que te la quiten. Le das un fuerte pisotón a uno de tus captores y aprovechas su momentánea distracción para escabullirte por debajo, fuera del alcance del sargento, y escapar a toda prisa.

—¡Deténte o disparo! —grita el sargento.

Sales del callejón que separa los dos hangares y corres a toda velocidad a través del campo. Puedes oír a los soldados detrás de ti, pero cuando echas un vistazo por encima del hombro para ver cuán cerca están, algo te detiene.

—¿Qué es esto? ¿Ahora estás aquí? —dice una voz familiar, mientras unas manos te retienen. Vuelves la cabeza y te encuentras cara a cara con Manfred von Richthofen—. ¿No te conozco?

—Es un espía, señor —dice entre jadeos el sargento que llega después de ti.

—¡Qué disparate! ¡Éste no es un espía! —interviene Hans Bischoff—. Todo está bien, sargento. No pasa nada.

Respetuosos de la autoridad de los pilotos, los soldados se marchan. A pocos metros, están alistando tres triplanos rojos para salir, pero tienes



que estar seguro de qué es lo que está ocurriendo antes de entrar en acción.

—¿Qué día es hoy? —preguntas.

—21 de abril —responde Bischoff—. ¿Por qué?

Es el último vuelo de Von Richthofen. En sólo unos minutos se encontrará con Roy Brown.

—Mira, nos gustaría quedarnos a charlar contigo —dice Von Richthofen—, pero tenemos trabajo que hacer.

—¿Puedo sacarle una fotografía? —dices intempestivamente.

Bischoff se encoge de hombros y el Barón Rojo sonríe.

—Por un amigo de Hans, por supuesto —contesta.

Entonces das unos pasos hacia atrás, enfocas y sacas la foto. Von Richthofen trepa a su aeroplano con una sonrisa.

—Espera aquí y cuando volvamos te daremos información para un artículo.

Pero tú sabes que no será así. Von Richthofen arranca su motor y saluda. El frágil y pequeño caza se mueve por la pista de despegue, toma velocidad y levanta vuelo bajo un cielo nublado.

Observas con tristeza cómo Manfred von Richthofen vuela hacia su destino y desaparece en la historia.

Y tú tienes la foto que buscabas.

MISIÓN CUMPLIDA

LISTA DE DATOS

- Página 18: La policía alemana tiende a ver a los extranjeros como sospechosos.
- Página 23: Si ellos creen que eres un espía, podrían fusilarte. ¿Es a Königsberg adonde quieres ir?
- Página 29: ¿Cuál fue la fecha del bombardeo? Recuerda que puedes consultar el banco de datos.
- Página 35: ¿Realmente quieres permanecer en el bar? Puedes consultar la fecha en el banco de datos.
- Página 48: Von Richthofen nunca prestó servicio en Oriente Medio.
- Página 63: ¿Puedes asegurar que encontrarás su campo de aviación?
- Página 75: ¿Puede la Revolución Rusa decirte algo acerca de Von Richthofen?
- Página 80: No sabes hacia dónde saltas ahora, pero sí sabes dónde va el aeroplano.
- Página 98: ¿No crees que es hora de descubrir lo que es volar?

AÑO 1917

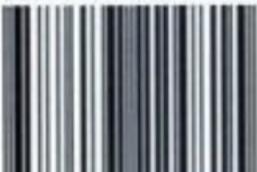


Has viajado a través del tiempo a Alemania, durante la Primera Guerra Mundial

Te encuentras en un campo de aviación buscando al famoso piloto alemán, el Barón Rojo, cuando de repente oyes el silbido de las bombas que caen desde el cielo. Alzas la vista y ves un aeroplano británico que pasa zumbando sobre tu cabeza. ¡Están atacando el campo de aviación! ¿Te arriesgarás a esquivar las bombas para buscar al piloto enemigo o intentarás refugiarte? ¡Tu decisión puede conducirte a un lugar seguro... o dejarte perdido en el tiempo!

¿ESTÁS DISPUESTO A PLANTAR
CARA AL PELIGRO?

ISBN 84-7722-481-1



9 788477 224815

LA MAQUINA DEL TIEMPO